

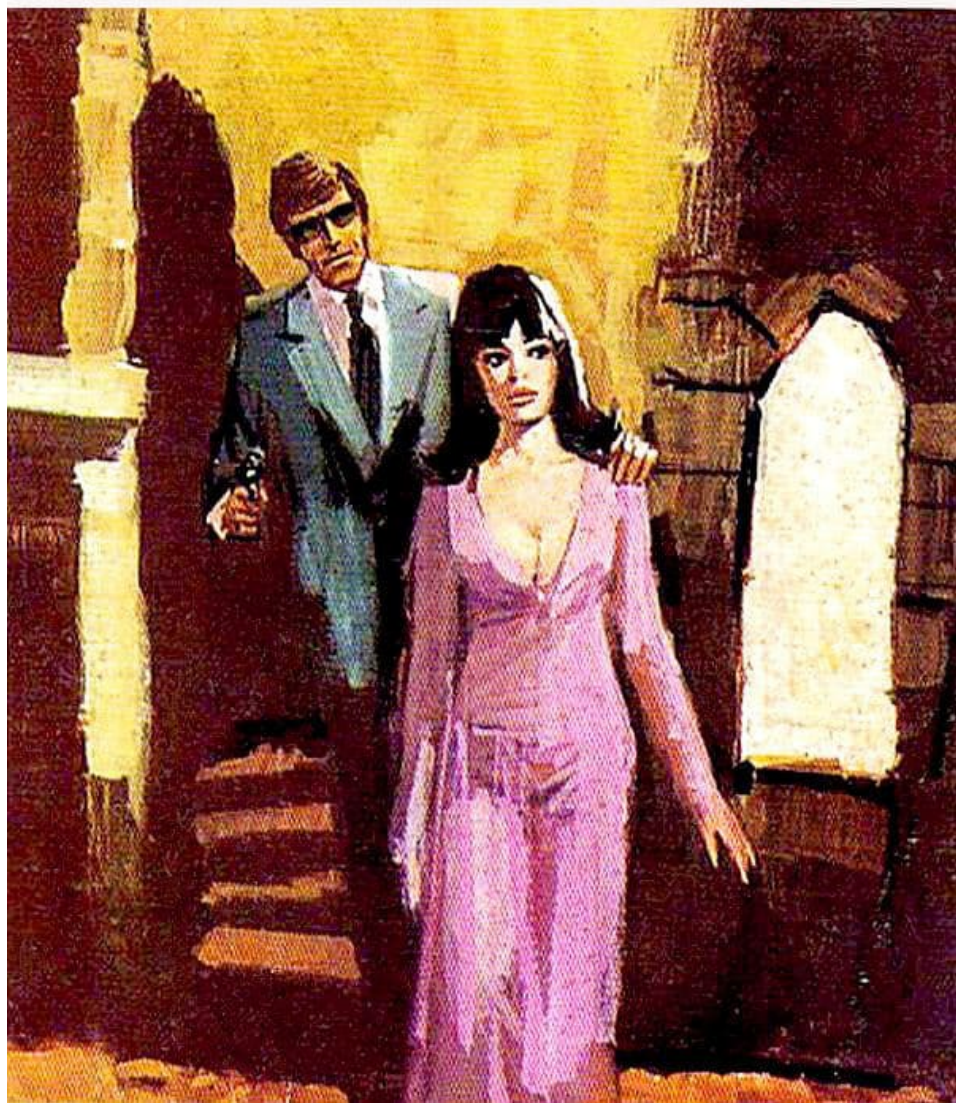
BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

círculo de tinieblas

Kelltom McIntire



Dolores lanzó un gritito cuando solté a Jack lo siguiente:

—Hazlo, Jack. Invierte dos millones de dólares en las acciones de la Common Bussines Corp.

Dolores se había puesto tan nerviosa que el vaso de *whisky* con hielo que estaba sirviéndome se cayó sobre el piso de la terraza y se convirtió en docenas de fragmentos.

Todavía recuerdo el tintineo de los cristales rodando sobre el pavimento. Y también el carraspeo nervioso de Jack.



Kelltom McIntire

Círculo de tinieblas

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1311

ePub r1.0

Lds 31.07.18

Título original: *Círculo de tinieblas*

Kelltom McIntire, 1975

Cubierta: Desilo

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Dolores lanzó un grito cuando solté a Jack lo siguiente:

—Hazlo, Jack. Invierte dos millones de dólares en las acciones de la Common Bussines Corp.

Dolores se había puesto tan nerviosa que el vaso de *whisky* con hielo que estaba sirviéndome se cayó sobre el piso de la terraza y se convirtió en docenas de fragmentos.

Todavía recuerdo el tintineo de los cristales rodando sobre el pavimento. Y también el carraspeo nervioso de Jack.

Estábamos, como he dicho, en la terraza.

Era verano y el sol llegaba a mi cara fuerte y ardiente.

Si en lugar de tratarse, de Dolores, hubiese sido la señora Ward, posiblemente yo hubiera gruñido alguna frase poco agradable.

Pero, además, me sentía en aquel momento inmerso en raras elucubraciones económicas relacionadas con la compañía Common Bussines Corp.

Ustedes no saben cuántas cosas se ocultan tras esas tres palabras: *Common Bussines Corp.*

Pues bien, voy a hacerles, ahora mismo, una confidencia: la Common Bussines Corp., se ocupa de las cosas más puercas que suceden en este país... siempre que haya millones de dólares por medio.

¿Qué voy a decirles?

La Common explota burdeles bien camuflados desde el estrecho de Baffin hasta Tierra de Fuego; concede créditos a los labradores mexicanos para la siembra y recolección de marihuana; capitaliza centenares de laboratorios clandestinos en Marsella, Córcega y Yugoslavia. Laboratorios donde el opio se convierte en cocaína y, posteriormente, se refina hasta llegar a ser ese polvillo blanquecino

que recibe el nombre de heroína...

Convénzanse... sería largo y aburrido relacionar uno por uno todos los negocios que rige y explota la Common Bussines Corp. Tal vez sería más prudente decir «explotaba», pero quiero ser absolutamente sincero... Y ello quiere decir que hoy mismo no estoy seguro de que diversas ramificaciones de la compañía no hayan conseguido agruparse, organizarse y... prosperar.

Dolores, con su dulce voz heredada de sus ascendientes latinos, murmuró:

—¡Qué torpeza! Lo siento, señor Fachini... Lo cierto es...

Jack encendió un cigarrillo. La botella de *whisky* volvió a tintinear sobre el borde de su vaso.

—Duke, no sé cómo permites... —empezó a decir, disgustado.

Dolores se acercó a mi mesa, dejó mi vaso de *whisky* y murmuró, con voz temblorosa:

—Créame que lo siento, señor Fachini. Mi exclamación...

—Vamos, Dolores, no hay nada de lo que arrepentirse. Comprendo que te cause sensación oír hablar de millones de dólares de esta forma tan banal. No he olvidado que naciste en Nuevo México y que tus padres eran muy pobres —dije con un ligero tono irónico.

Lola Dolores, no abrió sus bellos y jugosos labios para decir una palabra.

Su respiración sonaba jadeante, lo que decía sin palabras que mis últimos comentarios no le habían gustado mucho.

—En cuanto a la oferta de participación recibida de la Common... —dijo Jack, con la boca llena de *whisky* helado.

—Creí que lo habías oído —respondí con voz tan fría como su *whisky*—. Dos millones en participaciones. Vamos, vamos, Jack... Tú sabes que esa inversión me interesa. Un negocio seguro, con unos dividendos trimestrales fabulosos. Tú estás en todo esto y lo sabes: para el Fisco sólo me pagarán un doce por ciento, pero de hecho recibiré el dieciocho por ciento anual. ¿Hay alguna otra inversión que rente más?

—Por favor..., ¡por favor, Duke! —exclamó Jack, viniendo a mi mesa—. Creo que no debes decir aquí...

Le interrumpí, brutalmente, con toda intención.

—Puedo decir lo que me apetezca, Jack. Y no olvides que vistes

buenos trajes, habitas un apartamento de doscientos mil dólares y conduces un buen coche gracias a los dólares que te pago cada quince días.

Jack enmudeció.

Era verdad cuanto acababa de decirle. En poco más de seis meses, Jack había subido mucho gracias a mí. De un simple reportero de noticias, con un sueldo de ochocientos dólares al mes, Jack Kord había pasado a convertirse en mi secretario y consejero económico y a percibir algo más de cinco mil dólares mensuales.

—De acuerdo, Duke —respondió Jack con un suspiro—. Realizaré la operación como deseas. Telefonaré a Lombresi.

—No utilices el teléfono —le corté—. Ve a ver a Luigi personalmente. Eso le demostrará nuestro interés.

—Como tú prefieras —accedió Jack, disimulando su fastidio.

Cuando salió, pedí a Lola que me sirviese un nuevo vaso de *whisky*.

—Debes controlar tus nervios, Lola —aconsejé con voz fría—. Has manchado el pavimento. Es mármol, un material muy caro.

—Sí, señor Fachini —murmuró Lola, atropelladamente—. Tendré cuidado.

Se sentía aturullada, era evidente.

Claro que Lola es tan joven... Sólo lleva unos meses en casa y se sorprende de todo y de todos.

Contraté a Lola cuando tuve que despedir a la señora Ward, la doncella anterior.

La señora Ward estaba siempre escuchando detrás de las puertas y su forma de proceder no era del todo clara. Por lo demás, tenía una afición al *whisky* desmesurada y en tales casos solía comportarse de la forma más insolente.

No quise recurrir a una agencia del servicio doméstico. Porque quería asegurarme de que la persona que necesitaba iba a ser a entera complacencia.

Puse un anuncio en todos los periódicos de Nueva York y al día siguiente había varias decenas de personas aguardando a la entrada de mi residencia de Port Jervis, a unos cien kilómetros de Nueva York.

Dado mi carácter, excesivamente seco y autoritario, las personas a mi servicio no solían durarme mucho más de unos meses. Tal era

lo que había ocurrido con la señora Perkins, la señorita Dawns o mi *valet* Adamson.

Seleccioné a Dolores Brown porque me pareció encontrar en ella más cualidades que en las otras docenas de mujeres que llegaron atraídas por las condiciones de mi oferta.

Lola era tímida, pero muy eficiente, carecía de orgullo —o tal deduje yo— y poseía un título de enfermera diplomada.

Quizá porque ella era tímida y paciente, yo reprimía casi siempre mi agrio carácter cuando me dirigía a Lola.

Muy joven, apenas veintiún años, Lola me servía bien y era discreta.

Por lo demás, ella procedía de Nuevo México, era hija de padre yanqui y madre mexicana. El padre había muerto alcoholizado y la madre tenía que ocuparse de una enorme familia compuesta por siete hijos.

Para un hombre de mi fortuna, joven y exigente, no puede decirse que tuviera una servidumbre muy extensa.

Estaba Matt Welles, mi chófer, que me servía ahora también de *valet*, desde que despidiera a Adamson, después de descubrir que éste demostraba un excesivo interés por registrar los muebles de mi despacho.

Hay también una cocinera, una mujer de color, muy agradable, la señora Andrews.

Por último, están los ya citados: Jack Kord, mi secretario y asesor económico, y Lola Brown, mi enfermera-señorita de compañía.

Mi residencia en Port Jervis es una gran villa, de moderna construcción, rodeada de pistas de tenis, jardines y piscina. Incluso hay un pequeño bosque en la colina.

Salgo muy poco de casa desde hace unos tres años. A veces reúno en mi casa a un grupo de viejos amigos, doy una fiesta, convoco un *party*...

Pero lo cierto es que prefiero estar solo en casa. Paso las horas dedicado por entero a dirigir mis negocios, pues poseo una fortuna considerable, con dinero muy bien invertido en diferentes empresas y negocios.

No todos son como la Common Bussines Corp., pueden creerlo. En cuanto a mis inversiones en la Common, es algo inevitable.

Sé que si dejase de operar con ellos, *apenas viviría unas semanas más.*

Pero no hablemos de ello... por ahora.

En cuanto a mi vida, aparte de mi trabajo, dedico algunas horas a dar largos paseos hasta la colina. A veces paso horas y horas... sentado en un banco de madera, junto al pequeño lago, escuchando el rumor de la brisa entre las frondas.

En el buen tiempo, me gusta dedicar algún tiempo al deporte. Soy un buen nadador, capaz de nadar durante una hora en la piscina, sin descanso.

También hay en mi residencia un pequeño gimnasio bien dispuesto, donde paso algunos ratos.

En verdad, todo ello no es demasiado para un hombre de treinta y dos años, saludable, bien parecido y... millonario, ¿verdad?

No, no deben imaginar que soy un misógino o un desviado sexual, porque se equivocarían lamentablemente.

Soy una persona normal... en casi todo.

Si no hago vida de sociedad, si me aísló en mi residencia de Port Jervis, si doy muestras de retraimiento, ello se debe a que... desde hace cuatro años *soy ciego.*

Ciego, absolutamente ciego, sin esperanzas de volver a ver jamás.

CAPÍTULO II

No me siento desesperado, ni hundido.

Quizá sea porque tengo a Beth.

Beth es maravillosa. Alta, casi tan alta como yo, rubia, rubísima, grácil, gentil, parlanchina, bella, enredadora, animosa, generosa...

A veces me parece irreal su presencia. Una mujer bellísima, atractiva, mil veces deseada, elegante, cultivada..., atada a un hombre ciego.

Antes... Bueno, antes de que yo sufriera aquel terrible accidente, ya nos conocíamos Beth Milland y yo.

Fue durante unas vacaciones en Florida. Yo había alquilado una casita junto a una playa discreta.

Aquella noche regresaba muy alegre de Miami. Había asistido a una fiesta, en casa de unos amigos, y había bebido más de la cuenta.

Cuando apagué las luces del coche y me dirigí hacia el porche, un alarido penetrante resonó en la noche.

Corrí hacia la playa, pues desde allí seguían llegando los agudos chillidos.

La luna se alzaba sobre el horizonte oceánico. A su luz amarillenta, vi a unas cuantas personas en la playa.

Eran tres hombres y una mujer. Los hombres eran de pequeña estatura, de piel oscura y cabellos rizados.

La mujer era rubia. Su cabello relucía como metal bruñido a la luz de la incipiente luna.

No era difícil adivinar lo que estaba sucediendo... La mujer semidesnuda, aquellos morenos forcejeando con ella...

Corrí hacia allá, metí mi mano derecha en el bolsillo del fresco traje de etiqueta y grité:

—¡Deténganse! ¡Levanten las manos y permanezcan quietos! Van a ir a parar una buena temporada a la sombra.

Los morenos se volvieron a mí, despavoridos. Aprovechándose de su indecisión, la muchacha echó a correr hacia la carretera.

Entonces yo me volví, deliberadamente, a mirarla. Cuando miré nuevamente a los morenos sinvergüenzas... la playa estaba desierta. Habían huido a toda la velocidad de sus piernas.

Me reuní poco después con la bellísima rubia, junto a mi casita de la playa.

Estaba de espaldas, apoyada sobre el muro, tenía los brazos cruzados cubriendo su pecho y tiritaba, de miedo probablemente.

—Espere. Le traeré algo para vestirse —dije. Y entré en casa.

Volví con un albornoz y un poco de *whisky*. Puse el vaso en sus labios y ella pareció calmarse.

—¿Es... usted... policía? —preguntó luego.

—No —sonreí—. Ni soy policía ni acostumbro a llevar una pistola en el bolsillo. El truco se me ocurrió al ver que eran tres hombres los que...

Se ruborizó.

Yo la tomé por los hombros y la empujé hacia la casa. Las mujeres no eran cosa nueva para mí, pero el tibio contacto del cuerpo de Beth me hizo vibrar de pies a cabeza.

Luego se echó a llorar de pronto, se abrazó a mí y murmuró unas turbadas palabras de agradecimiento.

Más tarde preparamos una ligera cena a base de fiambres y vino, y me contó el lance de la playa.

Beth Milland solía visitar aquella playa semidesierta. Le gustaba estar sola sobre la arena, le encantaba oír el susurro del mar...

Aquella noche había surgido el desagradable incidente cuando los gamberros de color la sorprendieron en la playa.

Una bella mujer, sola, indefensa... Beth había intentado escapar a la carrera, pero uno de los morenos se arrojó a sus pies y la derribó.

—Creí... Bueno, que iban a conseguir lo que se habían propuesto. Afortunadamente llegó usted. No puede imaginar siquiera cuánto le agradezco...

¿Cómo quieren que me sintiera? Orgulloso y ufano, por supuesto.

Para Beth Milland, yo era el héroe, el hombre que la había salvado de una situación desagradable y comprometida.

—¿Volverá mañana, Beth? —pregunté media hora después, cuando la dejaba en Miami, ante la puerta de su hotel.

Sus ojos estaban húmedos cuando me miró.

—Solamente si me promete que usted estará en la playa esperándome, Duke. ¡Si volviese a encontrarme sola con aquellos hombres...!

Se le saltaron las lágrimas. Y yo fui incapaz de resistir a la tentación de besar sus labios y apretarla contra mi pecho.

Así conocí a Beth Milland. Por supuesto, yo me enamoré de ella aquella misma noche.

Supe que Beth vivía en Nueva York, como yo. Y ello fue un nuevo motivo de satisfacción, porque podríamos vernos frecuentemente cuando terminaran las vacaciones.

Luego... unos meses después surgió el accidente en el que perdí la vista para siempre.

Cuando conseguí superar la terrible experiencia, me imaginé que algo debía cambiar a partir de allí en mi vida.

El primer cambio supondría devolver su libertad a Beth, aunque ello me hiciese profundamente desgraciado.

—¿Cómo puedes ser tan cruel, Duke? —sollozó cuando se lo dije—. No puedo estar lejos de ti, compréndelo. Te amo.

—También te amo yo —traté de hacerme fuerte—. Pero no quiero atarte a mi existencia de inválido. Debes rehacer tu vida, Beth. Eres una mujer muy joven y bella, amas la vida, la luz, las fiestas...

—No lograrás deshacerte de mí —respondió ella, con voz vibrante—. Sabes que te amo. No sería capaz de vivir sin ti, Duke. Si has pensado que ahora sólo siento compasión, te has equivocado de forma lamentable.

No pude oponerme después de aquella conversación.

Beth era una mujer maravillosa, fiel al amor que sentía hacia mí. Sin embargo, puse una condición:

—Nada de matrimonio por ahora, Beth. Podríamos equivocarnos. Dejemos transcurrir algún tiempo. Será como una prueba...

Se excitó mucho, ahora lo recuerdo.

—¿Para qué esa prueba? Sólo ansío unirme a ti, Duke. Y jamás cambiarán mis sentimientos.

Pero yo no transigí en aquella ocasión.

—Como tú quieras, Duke —aceptó ella, con triste acento—. ¿Cuánto tiempo habremos de pasar antes... de...?

—Cinco años —respondí, con voz fría, pero con una intensa amargura dentro de mí—. Después nos casaremos.

—Lo acepto, aunque sé que será terrible para los dos. Pero si tú lo quieres así, no puedo oponerme.

A partir de allí, nuestra relación fue puramente sentimental. Beth venía a Port Jervis cada día y juntos pasábamos largas horas oyendo música o charlando de temas banales.

De vez en cuando, Beth daba rienda suelta a toda su pasión.

—Tómame, Duke. Soy tuya por derecho. No importa que no estemos casados. ¿Por qué reprimir tus más íntimos deseos?

Yo tragaba saliva. Porque la deseaba con toda la fuerza de mis sentidos, era cierto.

Sin embargo, me las arreglaba para cambiar de conversación y olvidar aquel asunto, sin herir sus sentimientos.

Comprendo ahora que imponerse una distancia de cinco años para dos personas que se aman y se desean hondamente, es excesivo sacrificio.

Sin embargo, yo seguía creyendo que valdría la pena. Y así se estaba demostrando.

Porque Beth me demostraba idéntica pasión que cuatro años atrás y yo no tenía la menor prueba de un posible desvío suyo, sino todo lo contrario.

Sin embargo, empezaba a notar que ella se aburría cuando venía a Port Jervis.

En cuanto a mí... estaba haciendo un descubrimiento que me pasmó: yo no amaba a Beth.

¿Cómo era posible? Lo ignoro. Aunque probablemente ella tenía razón cuando decía que el amor es como una hoguera que si no se alimenta constantemente, se extingue.

Por supuesto, yo pensaba cumplir mi promesa. Me casaría con Beth. Y ello no significaría ningún sacrificio para mí, puesto que ella es una hermosa y refinada mujer que cualquiera me envidiaría.

Por lo demás, había otros problemas que me absorbían, aparte

de dirigir mis negocios.

Desde que vivía en Port Jervis —tres años atrás— habían venido ocurriendo en mi residencia sucesos extraños que me preocupaban.

El primer incidente tenía todas las trazas de un vulgar robo. Alguien se había introducido en mi despacho y había descerrajado la pequeña caja fuerte empotrada.

Por fortuna, como declararé ante el detective que vino a realizar la investigación, la caja sólo contenía unos cinco mil dólares y algunos documentos sin gran importancia.

El dinero había desaparecido, pero no se habían llevado los documentos.

Cierto que yo poseía documentos mil veces más importantes, pero había tenido la precaución de colocarlos en lugar más seguro y secreto.

La policía interrogó a todas las personas que por entonces componían mi servicio. De los actuales, sólo se contaba la señora Andrews, mi cocinera.

Uno por uno fueron demostrando su inocencia. Por mi parte, tuve la delicadeza de no inmiscuirme para nada en el trabajo de la policía.

Según Ed Stewart, el detective, había huellas dactilares en la caja, por lo que no sería difícil encontrar al ladrón, si se trataba de un delincuente fichado.

Y así sucedió. El hombre se llamaba Reeds y confesó en cuanto la policía le atrapó.

¿El motivo? Reeds había estado merodeando por Port Jervis y se había enterado de que Duke Fachini era un hombre muy rico. Había conseguido escalar la verja, introducirse en la casa y reventar mi caja. Eso era todo.

Naturalmente, no le di mucha importancia al incidente. Pero encargué a las personas de mi servicio que a partir de allí vigilaran bien y tomaran toda serie de precauciones para impedir que volviese a repetirse el incidente.

Casi un año había transcurrido, cuando se produjo otro extraño suceso.

Era verano. Yo había permanecido hasta las dos de la madrugada en la terraza, gozando de la fresca temperatura exterior y escuchando música, que es mi pasatiempo favorito.

A las dos y cuarto me fui a dormir y despedí a mi *valet*.

No tenía sueño, pero me sentía fatigado.

Habría transcurrido una hora y yo seguía en mi lecho, absolutamente despierto.

Fue entonces cuando escuché el rumor de aquella conversación mantenida en voz baja, queda, apenas un susurro.

Algunas personas se extrañan cuando advierten que siempre uso dos relojes de pulsera, uno en cada muñeca.

Seguramente imaginan que se trata de un capricho, de una rareza propia de un millonario.

Pero nada hay más equivocado. Uno de ellos es un reloj especial para ciegos, sin cristal, en el que la hora se averigua al tacto.

El que llevo en la derecha, más grande y grueso, no es un reloj propiamente dicho, aunque sus agujas marquen la hora exacta.

Se trata de una maravilla de la técnica electrónica: un detector por radar y radiaciones térmicas que me transmite informaciones preciosas por medio de pulsaciones sobre la piel.

Este aparatito vale una fortuna y eso es lo que significa para un hombre ciego.

Captando las radiaciones de calor que emiten animales y personas próximas, informa exactamente sobre la distancia a la que se encuentran, su tamaño y otras circunstancias. El sistema de micro-radar electrónico que lleva incorporado completa su funcionamiento.

Ello me permite moverme casi como lo pudiera hacer un ser normal, sin necesidad de dejarme guiar por un perro, ni utilizar bastón.

Aquella noche, como decía, me sentí muy nervioso al escuchar aquellas voces que apenas eran susurros. Sonaban lejanas, de forma que una persona normal no las hubiera captado probablemente, pero un ciego tiene todos los sentidos —excepto, claro, el de la vista— enormemente sensibilizados y desarrollados.

Abrí el cajón de la mesilla de noche y saqué la pistola que siempre guardo allí.

Sigilosamente abandoné el lecho, salí del dormitorio y avancé por el pasillo.

Estaba seguro de que las personas que hablaban se encontraban en mi despacho-estudio, una enorme sala bien amueblada y muy

confortable, donde dispongo incluso de un pequeño bar, situado en un rincón.

Empujé la puerta levemente, adelanté la mano derecha y orienté mi detector.

Traduje rápidamente las pulsaciones: en el despacho se encontraban dos personas.

—¡No se muevan de ahí! —dije con voz enérgica—. Voy a llamar a la policía.

Avancé dos pasos y... una de las personas desapareció. Estaba diciéndomelo mi detector electrónico con leves pulsaciones sobre la muñeca.

—¡Quédese quieto o disparo! —grité, dirigiendo el cañón de mi pistola hacia el lugar donde se encontraba la otra persona.

Se oyó una risita nerviosa.

El que reía era un hombre, era evidente.

Y tuvo la desfachatez de decir:

—Vamos, vamos, señor Fachini: usted sabe que no podría acertarme nunca. ¡Sólo es un pobre ciego...!

No me gusta que recuerden mi invalidez. Apreté los labios y dije con voz helada:

—Muévase y le volaré el cráneo..., amigo. Sé dónde está, con exactitud: Se encuentra junto al bar. Mire a la derecha... Hay un anaquel con varias botellas de *whisky*. ¿Ve la de la etiqueta negra?

El hombre no dijo nada.

Entonces alcancé despacio el cañón de mi pistola y disparé.

El disparo retumbó en el enorme estudio y el eco de la detonación se mezcló con el tintineo de los cristales que habían caído al suelo.

—¡No vuelva a disparar! —gritó el desconocido, despavorido.

Y allí permaneció, temblando como un pajarillo hasta que llegaron Forbes, mi antiguo mayordomo, y la cocinera, señora Andrews.

CAPÍTULO III

Por fortuna, el teniente Ed Stewart se prestó de muy buena gana a escuchar mis razonamientos.

—Convénzase, teniente. No se trata de un simple ladrón. Wilkes registró, uno por uno, todos los muebles metálicos de mi despacho. Había casi cincuenta mil dólares en uno de los cajones. Y no tomó el dinero.

—¿Cuál es su idea, entonces? —quiso saber Stewart.

—Sencillamente: Wilkes fue enviado aquí con un propósito determinado.

—Pero... ¿cuál era su misión?

—Lo ignoro. Pero estoy seguro de que si le interroga y le presiona, acabará confesando la verdad.

El policía accedió a hacer las cosas como yo le insinuaba.

Aparte de ello, se mostró muy curioso. Había escuchado la versión de los hechos de labios del ladrón, Wilkes, y se sentía asombrado.

—¿Cómo pudo hacerlo? —me había preguntado ya varias veces—. Me refiero a lo que cuenta Wilkes: pulverizó usted una botella de *whisky* con la mayor precisión. ¡No puedo explicármelo!

Debo confesar que jamás he confiado a nadie la verdadera razón de llevar mi segundo «reloj» en la muñeca derecha.

Nadie sabe que se trata de una filigrana electrónica, de una maravilla técnica. Pagué lo que me pidieron los laboratorios de electrónica por construirlo, pero puse la condición de que jamás dirían a nadie que me lo habían vendido.

—Ah, lo de la botella —respondí en tono festivo—. ¿Quiere creerlo, teniente? Sólo fue una bella casualidad. Me sentía perdido. Sabía que, aunque tuviera la pistola en la mano, aquel hombre

podía burlarme... incluso matarme. No perdí la serenidad. Apunté y... acerté por casualidad. Ese hombre, Wilkes, quedó tan aterrado, que no se atrevió a hacer un solo movimiento. Luego llegó Forbes y...

—Fue una verdadera suerte, señor Fachini: Wilkes es un tipo peligroso. En fin, trataré de hacerle hablar —respondió el policía.

Se marchó poco después.

Yo me sentía profundamente preocupado. ¿El motivo de mi preocupación? Aquella *segunda persona* que había señalado mi detector.

Aquella noche, Forbes había atado a Wilkes siguiendo mis instrucciones. Y cuando llegaron las demás personas a mi servicio, ordené que registraran la casa en toda su extensión.

—Me pareció escuchar una conversación. Es posible que otra persona, un cómplice de este hombre, se encuentre escondido en algún lugar —añadí.

Por desgracia, no encontraron nada. Y me pareció inútil explicarle aquello al teniente Stewart: probablemente no me hubiera concedido el menor crédito.

Sin embargo, sí surtieron efecto mis recomendaciones al policía. Al día siguiente volvió de mañana:

—Wilkes ha confesado: según él, recibió cinco mil dólares por correo con un extraño encargo.

—¿Qué encargo? —pregunté, intrigado.

—A cambio del dinero, debía introducirse en su casa, señor Fachini, y registrar su despacho.

—¿Qué era lo que debía encontrar?

—Una sencilla agenda con tapas de piel en cuya portada estaban grabadas las iniciales R. F. —respondió Stewart.

Recordaba perfectamente aquella agenda: era la que utilizó mi padre antes de morir.

—Wilkes debía guardar la agenda, en caso de hallarla, en una caja de alquiler en la sucursal del Banco de América en Brooklyn y olvidarse del asunto —añadió el policía.

—Es extraño —murmuré—. ¿Ha logrado averiguar algo sobre la persona que pagó a Wilkes por este estúpido encargo?

—Absolutamente imposible. Wilkes asegura que no sabe una palabra más. Dice que él se limitó a intentar robarle esa agenda.

Fracasó y eso es todo. Por supuesto, será juzgado y se pasará una temporada en la cárcel.

El asunto me apasionaba. Desde luego, yo sabía que mi padre no había sido lo que se dice una persona honrada.

Descubrir la verdad no había sido posible hasta después de su muerte. Hace ya seis años que mi padre reposa en una humilde tumba de un cementerio ignorado de Nueva York y ello me inclina a rehusar toda crítica sobre sus actos pasados.

Lo cierto es que mi padre me había mantenida siempre al margen de sus negocios y de sus secretos.

Hasta los veinticinco años, Renzo Fachini, mi padre, consiguió mantenerme alejado de él.

Cierto que estudié en los mejores colegios y Universidades y también que siempre se cuidó de protegerme.

A los veinticinco años, yo había terminado mi licenciatura de Derecho y era un experto en Ciencias Económicas.

Entonces murió Renzo Fachini... Me había ocultado cuidadosamente su dolencia cardíaca, de forma que el colapso cardíaco que le mató hizo imposible que yo pudiera verle por última vez, vivo.

Así fue como me encontré con una fortuna de más de cien millones de dólares, que yo, personalmente, he conseguido triplicar en los últimos años.

Fue en el funeral cuando comencé a sospechar algo extraño: en el templo se encontraban personajes como Joe Donnicelli, Sergio Grosso, Vicente Pugni, Aldo Cortignoni...

Hombres muy famosos, ricos y poderosos, pero... sometidos casi siempre a vigilancia continua por la policía federal. Es decir, sospechosos de actividades ilegales... En verdad, todo el mundo sabía que la mayoría de las personalidades que habían acudido al funeral por Renzo Fachini eran hombres «fuertes» dentro del «Sindicato», la «Cosa Nostra» o como se prefiera llamarle.

Pocos días después se habían cumplido todos los trámites legales y yo podía disponer de las riquezas que mi padre había reunido.

La certeza de que mi padre se había dedicado a sucios negocios la tuve cuando Jim Lawrence vino a visitarme.

Lawrence era el encargado de los negocios de mi padre y fue claro desde el primer momento. Es decir, me explicó en pocas

palabras cómo había obtenido mi padre los dividendos que le habían hecho rico.

Prostitución, juego, drogas...

—Convierta en dinero metálico todas mis participaciones en empresas que no sean claras —fue mi determinación.

Jim me miró como si sospechase de mi cordura.

—Pero eso es imposible, señor Fachini. Debe usted saber una cosa: la mayor parte de su fortuna está invertida en participaciones de la Common Bussines Corp. Y en la Common no se permite un paso atrás. Hacer lo que usted quiere sería muy peligroso para usted...

—De todas formas, haga lo que le he dicho, Jim —insistí.

Lawrence se echó las manos a la cabeza.

—Intentaré negociar, señor Fachini. Pero no tardará en comprender que eso es imposible... Precisamente, Lombresi me telefoneó ayer tarde. Al parecer la Common va a ampliar sus negocios a California y otros estados del Sudoeste.

—No quiero saber nada de negocios sucios, Jim. Ya le diré dónde debe invertir el dinero de la Common —repetí.

Quedé preocupado.

Era amargo poseer la evidencia de que mi padre, el honorable Renzo Fachini, el hombre que asistía, regularmente a la iglesia católica y hacía numerosas obras de caridad, sólo había sido, al fin y al cabo, un *gángster*.

No entraba en mis cálculos, desde luego, hacer donación a los pobres de aquellos cien millones de dólares. Pero sí darles un destino digno y honrado.

A partir del día siguiente, mi casa de Nueva York fue un desfile continuo de personajes relacionados con la Common Bussines Corp.

Por allí pasaron Joe Donnicelli, Bruce Curtis, Sergio Grosso, Lombresi...

Gestos ampulosos, sonrisas hipócritas, palabras halagadoras para la memoria del «Gran» Renzo Fachini...

Me llamaban *mio caro*, *bravo bambino*, amigo, muchacho, queridísimo consocio...

Finalmente, me hacían alguna observación sobre la conveniencia de invertir un poco de dinero extra en participaciones de la compañía e incluso, como de pasada, hacían veladas alusiones a

tipos como Claudio Gini o Luigi di Beresse, que habían encontrado la muerte de forma misteriosa y sutil... lo que tío era otra cosa que una amenaza encubierta.

Llegaban a mi casa vistiendo aparatosos trajes de ochocientos dólares, acompañados de jóvenes tarzanes de anchísimas espaldas y facciones toscas, disponían de mi bar como les venía en gana, murmuraban sus consejos con expresión aviesa y se despedían con la sonrisa en los labios, invitándome, de pasada, a una partida de caza en las Rocosas o a sus mansiones de Atlantic City.

Jim Lawrence me llamó un par de días después. Al parecer prefería utilizar el teléfono antes que encararse conmigo.

—Imagino que habrá recapitado, señor Fachini. He recibido muy buena impresión de la visita que le han hecho algunos de los amigos de su difunto padre. Todos coinciden en afirmar que es usted un joven cordial, simpático e inteligente, con un ancho porvenir.

—Vayamos al grano, Jim —le detuve—. Si se refiere a mi encargo, sólo tengo que decirle una cosa: cumpla con su deber. Convierta en dinero metálico mis participaciones de la Common o considérese despedido. Otro se encargará de ese trabajo en su lugar.

Lawrence se apresuró a disuadirme.

—Oh, no tiene que disgustarse, señor Fachini. Gestionaré su encargo. Creo que he cumplido con la amistad que me unía a su padre previniéndole de los riesgos que corre al llevar a cabo su determinación de separarse de la Common.

—Olvídelo. Soy abogado y conozco la ley. Si alguien trata de perjudicarme, recurriré a la policía. Y llegaré hasta donde sea.

Me pareció oír una carcajada al otro lado del hilo. Pero cuando quise increpar a Lawrence, éste había colgado.

Fue por aquella fecha cuando decidí tomarme unas vacaciones. Me sentía cansado y disgustado por todas aquellas cosas y esperaba que una estancia en Florida alejase mis preocupaciones.

Ahora recuerdo que fue precisamente por entonces cuando conocí a Beth Milland.

Confieso que, ya en Florida, había temido que se produjera algún desagradable incidente, puesto que conocía la catadura moral de los antiguos «amigos» de mi padre.

Me encolerizaba su tenaz resistencia a desprenderse del capital

que mi padre había invertido en la Common, pues Jim Lawrence estaba gestionando todavía en Nueva York la liquidación de mis participaciones.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, mis vacaciones fueron transcurriendo sin que la paz alterase mi descanso.

Para hacer más felices aquellos días surgió mi encuentro con Beth. El amor ardiente que sentía por ella me obligó a olvidarme de todo cuanto no fuera la preciosa mujer que me dedicaba todo su tiempo.

CAPÍTULO IV

En cuanto volví a Nueva York, lo primero que hice fue ponerme en contacto con Jim Lawrence.

—Tenga confianza en mí, Duke —me dijo—. La gestión está ultimándose. Dentro de poco, usted no tendrá la menor relación con la Common.

¿Tenía Lawrence alguna idea de lo que iba a ocurrirme aquella misma tarde?

Creo que él nada tuvo que ver en ello, pero sus palabras estuvieron a punto de tener todo el valor de una profecía.

Porque pocas horas más tarde estuve a punto de morir. Y, evidentemente, muerto yo, ninguna relación me uniría ya a la Common... ni a cualquier otra cosa de este desdichado mundo.

A las cinco de la tarde recibí una llamada telefónica.

Era Beth, mi adorada y rubísima Beth.

—Ven a buscarme hacia las seis, amor mío. He pensado que podíamos dar un paseo y cenar después en Piccollo. ¿Estás de acuerdo?

Estuve de acuerdo, naturalmente. ¿Cómo no, si sólo deseaba permanecer el mayor tiempo posible a su lado?

Poco después descendía hasta el garaje, tomaba el «Ferrari» azul de mi padre y atravesaba Nueva York en dirección a Greenwich Village, donde Beth habitaba un precioso ático.

Como tenía tiempo, di un rodeo a través del puente Verrazzano Narrows.

Conducía muy distraído contemplando las sucias aguas del río, a las que, a aquellas horas del atardecer, el sol dignificaba cambiando su tono chocolate por reverberantes destellos dorados.

Un alarido salió de mis labios cuando sentí el formidable golpe

que abolló las planchas de mi coche e impulsó al vehículo contra las bandas protectoras de acero.

Lo último que vi fue el gran camión pesado que rodaba a mi altura cuando mi automóvil chocó contra la baranda, rompió la protección y cayó al vacío.

* * *

Cuando recobré el conocimiento, cuatro días después, Beth estaba a mi lado. Había permanecido en mi habitación todo aquel tiempo sin dormir y apenas sin probar bocado.

Fui a abrir los ojos y no pude. Mis manos, nerviosas, palparon el vendaje que cubría mi cráneo e incluso el rostro.

—Tranquilízate, Duke, amor mío —la oí decir, llorosa y acongojada—. No es nada... ¡No es nada! Te pondrás bien. Aguarda, ahora vendrá el médico.

Vino el médico y me inyectaron un sedante.

Yo hacía preguntas y más preguntas, sin obtener una respuesta satisfactoria.

Me hablaron del gravísimo accidente que había sufrido. Un camión, al que se le habían roto los frenos, según comprobó la policía, me había empujado salvajemente.

El coche había caído a las aguas profundas. Por fortuna, los tripulantes de una gabarra habían conseguido sacarme del coche antes de que el vehículo se hundiera por completo.

Había recibido un golpe fortísimo, había sufrido fractura del cráneo y un tremendo *shock*.

—No existe ya peligro crítico, señor Fachini —me dijo el médico—. Le hemos operado y está fuera de peligro. Quizá dentro de un par de meses pueda abandonar el hospital.

—Pero, mis ojos... —gemí—. ¿Por qué los tengo tapados?

Carraspeó. Beth lloraba a mi lado.

—Bueno, no quiero, ocultarle que sus nervios ópticos han sufrido graves lesiones motivadas por el golpe. Cuando transcurra algún tiempo, quitaremos los vendajes y le haremos un examen completo. Si hay que operar, se le operará, naturalmente.

Viví dos meses con la esperanza de que las palabras del doctor se cumplieran, de que yo recobraría la visión.

No puedo quejarme de la magnífica Beth. Pasaba largos ratos conmigo, leyendo para mí, atendiéndome en todo cuanto necesitaba.

Y al fin llegó la negra realidad: después del examen, y como no recibiera la menor noticia del oftalmólogo, exigí su presencia.

—Quiero saber la verdad, doctor. ¿Va a operarme? —pregunté.

Comprendo que no era fácil el cometido de aquel hombre. Vaciló, incluso trató de contestar a medias...

—La verdad, ¡quiero la verdad! —exigí—. ¿Veré?

Noté su mano oprimiendo mi hombro, incluso sentía las vibraciones de sus dedos a través de mi piel.

—Tenga ánimo, Duke. El examen ha sido negativo: sus ojos jamás volverán a ver. Sería inútil operarle —murmuró.

Beth prorrumpió en un gemido histérico.

En cuanto a mí... ¿qué puedo decir?

Traté de resistirme con todas mis fuerzas a la amarga verdad, a la cruda realidad que se abría ante mí: ciego de por vida.

Tenía mucho dinero, cierto, y quería exprimir su valor hasta la última posibilidad.

Fui de una ciudad a otra, visité centenares de hospitales. Incluso viajé a Europa, de cuyos oftalmólogos me habían hablado en términos esperanzadores.

Todo fue inútil.

Finalmente tuve que rendirme a la evidencia: jamás volvería a ver.

Mi carácter se transformó. Se hizo agrio y duro, introvertido.

Contaba, sin embargo, con la constante compañía de Beth, con su amor y su dedicación.

Pero ello no era suficiente para mí. Por muchos meses, me fue imposible imponerme a la desesperación.

Luego llegó la hora de la reflexión. Había un pensamiento que me torturaba: ¿había sido realmente un accidente o... se trataba de un atentado?

El informe fiscal era concluyente: accidente fortuito por rotura de frenos en el camión que se disponía a adelantar a mi automóvil en aquellos momentos.

De todas formas, yo seguía teniendo mis dudas. Mis sospechas se concretaban en la Common Bussines Corp.

¿Por qué no pensar que había sido un intento de asesinato para impedir que retirara mi capital de la empresa?

Decidido a llegar al fondo del asunto, encargué una investigación exhaustiva a una agencia privada.

—No reparen en gastos —advertí—. Quiero datos concretos, quiero resultados convincentes.

El punto de partida para la investigación era, lógicamente, el conductor del camión que me atropelló, un hombre llamado Glen Thorpe.

Caso curioso: Beth me había dicho que aquel hombre había intentado verme varias veces en el hospital.

Según Beth, Thorpe parecía angustiado y lleno de ansiedad por entrevistarse conmigo.

—Parecía inconsolable. Trató de verte, de pedirte perdón, en varias ocasiones. Me emocionó, ese hombre parecía muy desgraciado por el daño que sin querer te había hecho...

Al día siguiente llegó el primer informe de la agencia de investigadores privados: Thorpe había desaparecido de Nueva York después de la encuesta en la que fue declarado inocente.

Según aquel informe, esperaban encontrar a Thorpe, fuese donde fuese. Pero lo cierto fue que nunca más se supo de él.

El informe definitivo de la agencia de investigadores fue negativo: no existían pruebas contra la Common.

Por otra parte, Jim Lawrence se había puesto en contacto conmigo aquel mismo día.

—Celebro que esté restablecido, Duke. Iré a verle pronto. En cuanto a mi trabajo, todo ha salido bien. Puede disponer del dinero de la Common cuando y como quiera: hoy mismo han librado la cantidad por el total.

—Muy bien, Jim. ¿A cuánto asciende?

—Algo más de veinte millones de dólares. Es tanto dinero que la cabeza me da vueltas pensando en ello. Y crea que estoy acostumbrado a negociar con cantidades importantes. ¿Qué piensa hacer con el dinero?

Reflexioné unos instantes.

Mi resolución obligó a Lawrence a lanzar un grito de sorpresa.

—He cambiado de parecer, Jim. Reinviértalos en la Common... siempre que sea en las mismas condiciones, claro —fue lo que dije.

—¿Está seguro de que es eso lo que quiere? —preguntó Jim, me imagino que muy asombrado por mi reacción.

—Seguro. Digamos que he reflexionado, Jim. ¿Qué otra inversión puede producirme tantos beneficios como la Common? ¡Ninguna!

—Bien. Así lo haré. Y créame, Duke, lo celebro.

¿Cómo era posible que mis intenciones hubieran dado aquel repentino giro de noventa grados?

Desde luego, no lo hacía por obtener mejores beneficios. Me gusta ganar dinero porque la especulación y los negocios constituyen mi única distracción importante.

El hecho de volver a invertir en la Common tenía una motivación más profunda y remota: era la única forma de seguir unido de alguna forma a aquellos personajes.

Y por una razón: no había podido desterrar la sospecha de mi mente. Si los de la Common me habían dejado ciego y habían intentado eliminarme, la única forma de averiguarlo estaba en infundirles confianza, en pertenecer a su mundo, en tener posibilidades para investigar por mí mismo.

Por desgracia, un hombre ciego no tiene las mismas posibilidades que una persona normal, pero yo confiaba en mi inteligencia, en mi voluntad e intuición.

No tenía prisas. Suponía que un acercamiento completo no sería posible en unos meses. Pero yo tenía toda mi vida de tinieblas para dedicarme a la tarea que me había reservado.

Pocos días después volvió a repetirse el desfile de personajes «honorables» en los pasillos de mi casa de Nueva York.

Menudearon los apretones de mano, las palmadas en la espalda, las palabras de condolencia por mi desgracia, y los parabienes por haberme decidido a seguir como inversionista de la compañía.

También menudearon las invitaciones y las libaciones en mi bar, que, por cierto, quedó vacío de existencias en una sola noche, a pesar de que siempre me preocupó de tenerlo bien provisto.

Hacia el final de la, digamos, «recepción», noté que alguien me pasaba una mano por los hombros y me llevaba a un rincón.

Era un hombre corpulento —me lo decían las pulsaciones de mi detector— y utilizaba un colonia varonil excesivamente penetrante.

En cuanto dijo las primeras palabras le reconocí, a pesar de que

sólo había escuchado su voz en una ocasión, casi un año antes.

—Ah, querido Duke; bien puedes imaginarte nuestra satisfacción al saber que vuelves a ser uno de los nuestros... Tanto como deploramos tu lamentable tragedia personal. Sin embargo, estoy seguro de que sabrás recuperarte. No en balde eres un Fachini, casta de hombres fuertes...

Le di las gracias humildemente y le propuse que nos sentásemos.

Adivinaba que Joe Donnicelli —pues era él— me había separado de los demás para hacerme alguna confidencia.

Y así fue. Con un tono ligero, propio del que de repente se acuerda de algo sin gran importancia, dijo:

—Ah, mi querido Duke. Yo conocía bien a tu padre; un hombre emprendedor, decidido, pero muy prudente, muy cauto... Amigo de guardar bien sus secretos. Como debe ser. Apostaría un buen puñado a que ni siquiera a ti te confió ninguno de sus secretos...

Me sentí sobre ascuas. ¿Adónde iba a parar?

—Renzo lo anotaba todo. Sus inversiones, sus beneficios, el secreto de algunos de sus negocios. Siempre llevaba consigo una bella agenda de piel de cerdo, con sus iniciales en oro, donde escribía cuanto le interesaba. ¿Querrás creer, muchacho, que jamás logré averiguar lo que escribía allí?

Rió con ganas, muy divertido al parecer. Y de pronto dijo:

—Oye, Duke, si encontrases la agenda entre sus documentos, ¿te importaría enseñármela?

—¿Por qué? —pregunté, para ganar tiempo y poner en orden mis ideas—. ¿Qué interés podría tener para usted esa agenda?

Volvió a reír.

Reía muy fácilmente. Y la risa también podía ser una simple excusa para buscar la respuesta más apropiada.

—Verás, muchacho; tú sabes que tu padre era un gran aficionado a las carreras de caballos. Pero quizá ignores algo más interesante y anecdótico: Renzo Fachini acertaba siempre los pronósticos, siempre ganaba en las apuestas. Desde luego, era un hombre muy prudente y nunca apostaba cantidades importantes... ¿Te preguntas que adónde voy a parar? ¡Te lo diré! Siempre he sospechado que Renzo tenía un *sistema*, un truco para ganar siempre en las carreras.

Volvió a reír estruendosamente y añadió:

—Todo lo contrario que yo; pierdo constantemente. ¿Sabes, muchacho? Poseo cuanto quiero pero jamás he logrado ganar un dólar en las carreras. Créelo, Duke: daría algo por acertar un pleno a la quíntuple. Y estoy seguro de que tu padre anotaba sus combinaciones en esa agenda de piel. Por favor, Duke, compláceme: avísame si encuentras esa agenda...

Volvió a reír de buena gana. Y yo le coreé.

Alguien me puso una copa en la mano. Me la llevé apenas a los labios y dije:

—Por desgracia, mi padre debió deshacerse de ella, señor Donnicelli, porque yo mismo puse en orden sus cosas y jamás la vi. Pero créalo, si la encontrase y estuviera ese «sistema» anotado en ella, jamás se la entregaría. Lo utilizaría yo mismo y apostaría en las carreras. ¿Qué le parece?

Y reí a carcajadas.

También rió Donnicelli. Pero el tono de sus carcajadas había cambiado.

CAPÍTULO V

La tenaz insistencia de Donnicelli por aquella agenda de mi padre, me obligó a pensar en aquel asunto.

Desde luego, no creía una palabra de la absurda excusa del *gángster*.

Tenía alguna idea de que a mi padre le habían apasionado las carreras de caballos, pero no tenía la menor referencia acerca de su supuesto «sistema» para ganar siempre.

Pensé, por el contrario, que aquella agenda podía contener ciertos datos comprometedores para Donnicelli. En ese caso, estaría justificado el desusado interés del *gángster*.

Recuerdo que pasé todo un día registrando la biblioteca, auxiliado por una secretaria que contraté exclusivamente para aquel fin.

La dichosa agenda de piel de cerdo no apareció. Y yo me olvidé de ello.

Sólo volví a recordarlo cuando aquel tipo llamado Wilkes fue encargado por un desconocido de robar la agenda, con el fracaso consiguiente.

Nuevamente volví a registrar la casa, mueble por mueble, cada vez mas intrigado por desvelar el secreto que debía contener la agenda. Pero fue inútil, una vez más.

Yo vivía absolutamente inmerso en mis negocios, en las especulaciones de la Bolsa, en aquel mundo de cotizaciones, valores y dinero que me apasionaba.

A partir de la incursión de Wilkes, había rodeado mi residencia de Port Jervis de una complicada cadena de seguridad.

Había células fotoeléctricas en cada una de las cancelas de entrada, la cerca disponía también de circuitos eléctricos que

detectaban incluso el aleteo suave de un pájaro, las ventanas estaban dotadas de cierres automáticos blindados y finalmente, el anochecer, Matt soltaba a los cuatro enormes perros «boxers» que durante el día permanecían encerrados en la perrera.

No volvieron a producirse aquellos incidentes.

He dado órdenes a Matt, mi chófer, de que cachee a cualquier persona desconocida que visite mi casa.

Sé que Matt ha sonreído, indulgente, tomándome por un maniático.

Pero un ciego está prácticamente indefenso y yo no quiero recibir nuevas y dolorosas sorpresas.

He advertido que Beth viene cada vez con menor frecuencia a casa. Es natural, aunque sigue demostrándome su amor con entera fidelidad, es una mujer joven y sana, con ansias de vivir.

Sin embargo, desde que tengo a Lola he experimentado una cierta reactivación psíquica.

Lola es ingenua, me habla de los apuros de su familia cuando tenemos un momento de tranquilidad, consigue interesarme en sus problemas.

Es una gran chica. Y muy bella, según palabras de la señora Andrews, mi cocinera.

—¿Por qué no se casa, señor Fachini? —se atrevió a preguntarme en cierta ocasión—. ¿No sería más feliz?

Sus palabras me han obligado a reflexionar.

Pienso si no estaré cometiendo una tremenda injusticia haciendo esperar tanto tiempo a Beth.

Hace ya cuatro años que quedé ciego y ella sigue esperando, siempre fiel, siempre animosa.

Sé que Beth se divierte. Acude con frecuencia a fiestas, reuniones y espectáculos, pero ¿no la he animado yo mismo a hacerlo?

Por lo demás, ella tiene su trabajo en una revista femenina. El aburrimiento y la soledad no existen para ella.

—Lo haré —dije a Lola—. Me casaré dentro de un año.

Quiero esperar hasta que se cumpla el plazo de cinco años que di a Beth para contraer matrimonio con ella.

¿Por qué? No lo sé. Hay en mí cierta ansiedad, como una vaga intuición que me dice que están a punto de ocurrir acontecimientos

imprevistos, sorprendentes.

La verdad es que continuamente vivo a caballo entre la inquietud y una extraña ansiedad esperanzada.

No tengo otro objetivo concreto que obtener pruebas concretas contra la Common Bussines Corp.

Necesito probar que son ellos los causantes de mi desgracia.

He realizado pacientemente infinidad de comprobaciones, de indagaciones, y cada vez me siento más seguro de mis premoniciones.

Ayer mismo recibí la visita de una mujer. Se trataba de Carla Gini, la viuda de Claudio Gini, un «desertor» de la Common, muerto en extrañas circunstancias.

La excusa que di para que mis verdaderos propósitos pasaran desapercibidos fue la de que quería hacer una donación a la señora Gini.

Carla llegó acompañada por Lola.

—Siéntese, señora Gini —invité—. Puedes marcharte, Lola.

Mi detector me dijo que la señora Gini es una mujer alta y delgada. Se debía sentir un tanto nerviosa, detalle que deduje de su precipitada respiración.

¿Me tenía miedo?

—¿Una copa, señora Gini? —pregunté amablemente.

—Sí..., por favor —habló, indecisa—. *Whisky*.

Fui al bar y serví *whisky* en dos vasos. Tras lo cual me acerqué a ella y le tendí uno.

Supongo que estaba mirando mis gafas oscuras con cierta prevención, no exenta de asombro.

—Había oído... había oído decir que era usted ciego, señor Fachini —murmuró.

—Y lo soy. Sin embargo, conozco muy bien esta habitación y siempre cuento los pasos para no equivocarme las distancias. Fue... un accidente. O al menos ésa fue la versión de la policía. Desde luego, yo tengo mi propia opinión: fue un atentado criminal bien urdido.

Me encontraba muy cerca de ella y me pareció notar que Carla Gini se envaraba.

—¿Por qué se asusta? —dije, poniendo un brazo sobre sus finos hombros—. ¿Quizá porque su esposo murió también, víctima de un atentado?

Su cuerpo feble vibró como una caña azotada por un huracán.

—¿Por qué me ha hecho venir, señor Fachini? —preguntó. E intentó ponerse en pie—. Tenía entendido que usted...

La devolví a su asiento con una suave presión y respondí:

—Entendió bien; tengo el propósito de hacerle una donación de cien mil dólares.

—¿A cambio de qué?

—Sus músculos están tensos, señora Gini. Vamos, relájese. En cuanto a su pregunta, le diré que me mueven tres razones a regalarle ese dinero. Una de ellas es que mi padre y su esposo fueron amigos, hace algunos años. La segunda: he sabido que se encuentra usted en dificultades económicas, señora Gini.

—Gracias, señor Fachini. Pero usted habló de tres razones. ¿Cuál es la tercera?

Me separé de ella y ocupé un sillón próximo.

—Quería hacerle unas preguntas... relacionadas con la muerte de su esposo. Todos sabemos que Claudio Gini fue asesinado.

—Lo siento —respondió con frío acento Carla—. Nada sé de eso. Sólo conozco el informe de la policía: Claudio murió accidentalmente dentro de un edificio que estaban demoliendo. Fue fortuito.

Yo conocía el asunto muy bien.

Claudio Gini, además de su participación en la Common, explotaba una pequeña empresa de construcciones.

Había comprado un viejo edificio ruinoso en Hoboken y lo estaba demoliendo para construir un moderno aparcamiento-torre.

El hecho ocurrió así: Gini estuvo hablando con el capataz unos minutos. Una gigantesca máquina de demolición estaba funcionando. Ya saben cómo son esas máquinas: un pesado tractor-oruga, dotado de una grúa de la que pende una enorme bola que pesa toneladas.

Gini sintió ganas de orinar y escogió para ello la zona más alejada de las ruinas.

El obrero que manejaba la máquina cambió de posición. Luego se había oído un alarido alucinante.

La máquina se detuvo y todos subieron al preciso lugar de donde había brotado el grito. Al parecer, Gini se encontraba tras el débil tabique que acababa de demoler la pesadísima bola de hierro.

Fue horrible. Gini estaba muerto, destrozado, apenas reconocible, rotos sus huesos, reventadas sus entrañas...

No hubo responsables. El obrero que manejaba la máquina se excusó diciendo que había terminado su trabajo en la otra zona y que debía continuar en aquélla donde se había producido el «accidente».

En fin, había sido un error lamentable, dramático, pero accidental.

Sin embargo, Donnicelli se había referido a aquel hecho, en mi propia casa, con un tono tan irónico que me había hecho concebir sospechas.

—Usted sabe que no fue fortuito, señora Gini —dije, alzándome del sillón—. ¿No será que ha recibido dinero a cambio de su silencio?

Su reacción fue típicamente latina. El vaso cayó de sus manos y ella se lanzó sobre mí.

Me hubiera derribado si yo no hubiera estado prevenido. Como pude me las arreglé para sujetar sus brazos y evitar sus afiladas uñas.

Entretanto, seguía profiriendo tremendos insultos en lengua italiana.

—¡Vamos, cálmese! —grité—. ¡Confiese que le pagaron para que callara!

—*¡Ma non é vero, maledetto!* —chilló, excitadísima—. ¡Ellos me obligaron a callar, me amenazaron con la muerte!

Calló de repente, consciente de que había hablado demasiado.

Pero yo no estaba dispuesto a perder aquella oportunidad y volví a acosarla sin piedad.

—¡Miente! Usted no amaba a Claudio, quizá le aborrecía y calló cuando le pusieron un puñado de dólares en la mano —dije, insidioso.

Sus bofetones me pillaron desprevenido. A pesar de su delgadez, golpeaba con una fuerza descomunal.

Mis gafas cayeron al suelo y los cristales se rompieron.

Al cabo, ella retrocedió y dejóse caer sobre un sillón, deshecha.

—*¡Madonna!* Soy una mala mujer. ¡He golpeado a un hombre ciego! —gimió.

Me incorporé, fui hasta ella y acaricié sus cabellos lisos

suavemente.

—Tranquílcese, Carla —supliqué—. No fue culpa suya. Yo la provoqué deliberadamente para que hablara. Escúcheme: no es simple curiosidad lo que siento. Yo también fui una víctima más de ellos.

Poco a poco se fue calmando.

Volví al bar, puse *whisky* en otros dos vasos y bebimos en silencio.

—Sólo trato de protegerme, señora Gini —expliqué—. Y sólo lo conseguiré si consigo pruebas contra ellos. Si usted quisiera hablarme, le juro que yo jamás emplearía sus confidencias. Nada me repugnaría tanto como ponerla en peligro, puede creerme.

Mis palabras debieron convencerla, porque pasados unos minutos se decidió.

—Está bien, le diré lo que sé, señor Fachini. Pero no crea que lo hago por su dinero. No es necesario que me haga esa donación...

Sabía que sí necesitaba el dinero. Carla Gini tenía cinco hijos, el mayor de doce años. Trabajaba en un taller de confecciones para poder alimentarlos.

—Hable, por favor.

—Fue unos meses antes de que Claudio muriera. Noté que ya no era el mismo. Hablaba a menudo del porvenir de nuestros hijos y aseguraba obsesionado que no permitiría que ellos siguieran el mismo camino que su padre. Un día me dijo que estaba dispuesto a separarse de sus socios de la Common...

Según Carla, Gini había iniciado algunos negocios en la construcción. Y las cosas le iban bastante bien.

—A partir de entonces, le noté inquieto y nervioso. Le pregunté, pero Claudio nunca me hablaba de sus preocupaciones. Un día me dijo que iba a ponerse en contacto con un policía federal, que pediría protección policial a cambio de ciertas confidencias...

—¿Lo hizo?

—No. Por la noche llegó destrozado. Estaba tan nervioso que me dio miedo. «*He recibido un aviso*», dijo, y no conseguí sacarle nada más. Al día siguiente murió...

—¿Vino alguien a verle?

—Sí. Vinieron tres individuos desconocidos... haciéndose pasar por policías. Me interrogaron; querían saber si mi esposo me había

hecho algún tipo de confidencias que pudieran ayudarles en su investigación. Ya me disponía a hablar, pero aquellos individuos me infundieron sospecha. Negué, dije que Claudio jamás me hablaba de sus asuntos. Entonces se quitaron la careta...

Es decir, confesaron que no eran policías, sino «amigos» de Claudio Gini.

—«No sabe cuánta celebramos que Claudio fuera tan prudente», dijeron. Y veladamente me amenazaron a mí y también a mis hijos si yo hacía comentarios a la policía sobre los negocios de mi esposo. Eso es todo, señor Fachini. Temí por mis hijos y cerré mis labios.

—Pero su esposo, Carla, no era un pobretón. Tenía su negocio de construcción y su participación en la Common —insinué.

—No recibí un centavo. Según me dijeron los abogados, Claudio había recibido el dinero de la Common y lo invirtió en la Bolsa, perdiéndolo todo... En cuanto a su empresa de construcción, me dijeron que Claudio había conseguido un crédito bancario. En consecuencia, a su muerte el Banco se hizo cargo de todo.

Comprendí. Se habían atado los cabos para dejar a la pobre viuda indefensa.

—Confíe en mí, Carla —dije, emocionado, cuando ella calló—. No la comprometeré. Y sigo manteniendo mi oferta. Puede disponer de la cantidad de cien mil dólares depositados en una cuenta corriente a su nombre en el Primer Banco Nacional.

—¿Cómo? —inquirió Carla, asombrada—. ¿Quiere decir que ya me había hecho la donación antes de saber si iba a decirle lo que le interesaba?

Solté una discreta carcajada.

—Así es. El dinero está depositado desde ayer. En realidad, mi voluntad de ayudar a una mujer valerosa nada tenía que ver con mi interés por averiguar las verdaderas causas de la muerte de su esposo —afirmé.

CAPÍTULO VI

El teléfono zumbó sobre mi mesa.

Yo me encontraba al otro extremo de la habitación, junto a la ventana. Me puse en pie precipitadamente, tropecé con una mesa y caí cuan largo era.

Lola exhaló un grito y vino corriendo hacia mí.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Se ha hecho daño, señor Fachini?

Me incorporé con esfuerzo. La verdad era que me sentía dolorido y... humillado.

Las finas manos de Lola alzaron mi cabeza con suavidad.

—¡Responda, señor, por favor! ¿Está bien? —preguntó, angustiada.

Sentí que una extraña emoción me hacía vibrar.

Lola gemía, desconsolada. Ya se disponía a separarse de mí para llamar a Matt, cuando la detuve con una voz:

—No te vayas, Lola. Estoy bien... Sólo un poco aturdido. Ayúdame, por favor.

Había mentido deliberadamente. Podía levantarme solo sin dificultades. Pero... deseaba tener a Lola cerca de mí, sentir sus delicadas manos en contacto con mi cara, aspirar el delicado perfume de sus cabellos.

Cuando se inclinó sobre mí, apoyé una mano sobre sus hombros. Al hacer el movimiento, mis dedos rozaron sus mejillas y quedaron humedecidos.

Entonces acaricié apenas sus ojos y comprobé que estaban llenos de lágrimas.

—Estás llorando, Lola... —dije, asombrado—. ¿Por qué...?

Tardó en contestar. Adiviné que estaba comiéndose sus propias lágrimas, haciendo un esfuerzo por conservar la entereza.

—¿Por qué, Lola, por qué esas lágrimas? —insistí.

—Temí... temí que se hubiera hecho daño, señor.

—¿Sólo por eso? Ah, pequeña, no valía la pena. Estoy bien, ya lo ves y puedo alzar me por mis propios medios. ¡Así...!

Me separé de ella, flexioné las piernas y me incorporé.

—Creo... que está usted burlándose de mí, señor Fachini —dijo Lola, con voz trémula.

No era cierto.

La verdad es que me sentía extrañamente inseguro con los brazos de Lola rodeando mi cuello.

Entretanto el teléfono seguía sonando.

Crucé la habitación y alcé el auricular.

—Duke Fachini al habla. ¿Quién es?

—Usted no me conoce, señor Fachini —la voz era ronca, propia del aficionado a los licores con alta graduación alcohólica—. Me llamo Harry Mac Grat y estuve al servicio del señor Renzo Fachini, en calidad de mayordomo. Fui yo quien le avisó a usted cuando murió su padre.

—Bien, señor Mac Grat —respondí al cabo de unos segundos—. ¿En qué puedo servirle?

El hilo telefónico transportó a mi oído una carcajada estruendosa.

—¿Que en qué puede servirme? —graznó al fin—. Diga más bien en qué puedo servirle yo.

—Escuche, Mac Grat —exclamé, impaciente—. No dispongo de mucho tiempo para gastarlo en conversaciones estúpidas.

Ya me disponía a colgar, cuando oí lo que decía Mac Grat.

—No tenga tanta prisa, señor Fachini. Sólo quería decirle que anoche recibí la visita de un tipo que se interesó por algo muy extraño. Me preguntó por cierta agenda de piel de cerdo color marrón...

Si Mac Grat quería atraer mi atención, yo estaba ya con el auricular materialmente incrustado en la oreja.

—¿Quién era ese hombre, qué respondió usted, Mac Grat? —pregunté, vivamente interesado.

Volvió a reír ruidosamente antes de contestar. Y hubiera asegurado sin temor a equivocarme que su aliento hedía a alcohol agrio.

—Despacio, despacio, señor Fachini. En primer lugar, quiero preguntar yo... ¿Estaría dispuesto a... socorrerme con... unos diez mil dólares? La verdad, señor, no me han ido muy bien las cosas desde que murió su padre. El me entregó tres mil dólares antes de morir, seguro de que se acercaba su final. ¡Tonto de mí!... Creí que con aquel dinero podría darme la gran vida por tiempo indefinido.

—Vayamos al grano, Mac Grat. Le daré esos diez mil dólares si su información los vale —interrumpí su loca verborrea.

—¿Que si los vale? —chilló mi interlocutor con voz estropajosa —. El hombre que me vino con la historia de la agenda me ofreció cinco mil si le ayudaba a encontrarla.

—Y... ¿le ayudó, aceptó los cinco mil? —inquirí, desconcertado.

—No, señor. Y por dos razones. La primera que su padre fue para conmigo un hombre decente y siempre se portó generosamente. La segunda... ¡ja, ja! Usted es un hombre muy rico, señor Fachini. Supuse que podría pagarme más que el otro, ¿me equivoco?

—No se equivoca, Mac Grat. ¿Tiene dinero para tomar un taxi? Es igual, tómelo y dígale al conductor que le traiga a la residencia del señor Fachini en Port Jervis, donde se le pagará. ¿Está dispuesto?

—Salgo ahora mismo a buscar el taxi, señor. ¡Espéreme...!

Colgué y me volví. El detector de mi muñeca izquierda comenzó a transmitirme pulsaciones...

Entonces comprendí que Lola estaba todavía en el estudio y que probablemente había escuchado todas mis palabras.

—Acérquese, Lola —invité.

Se aproximó despacio, tímidamente.

—Supongo que ha oído cuanto he hablado... —afirmé.

—Sí —asintió sin dudar—. Lo siento, señor Fachini. Creí que podría necesitarle. Tal vez debí marcharme...

Apoyé mis manos sobre sus hombros y me sentí desacostumbradamente sereno y optimista.

—No tienes que preocuparte, Lola. Ni siquiera voy a pedirte que seas discreta, porque sé que lo eres por naturaleza propia —dije, poniendo gran pasión en mis palabras.

—Gracias, señor.

—No quiero que andes siempre repitiendo «sí, señor Fachini; no,

señor Fachini», Lola. A partir de hoy me llamarás sencillamente Duke, ¿de acuerdo?

—Sí, señor... Es decir, sí..., Duke —murmuró.

—Ve a ver a Matt y dile que permita la entrada a un hombre llamado Harry Mac Grat, después de que se identifique —rogué.

Cuando Lola abandonó el estudio, vertí un buen trago de *whisky* en un vaso y me lo bebí de un trago.

¿Qué estaba ocurriendo dentro de mí? ¿Por qué había confiado de una forma tan vehemente en Lola, una sirvienta al fin y al cabo?

No quise hacerme preguntas. Entre otras cosas porque yo era ya consciente del enorme influjo que aquella muchachita ejercía sobre mí.

¿Por qué, si no, procuraba que ella estuviera siempre conmigo a lo largo del día...?

Mac Grat fue introducido en mi despacho a las siete de la tarde. Y, como había supuesto, olía a alcohol agrio queapestaba.

Lola se dirigió a la puerta inmediatamente, dispuesta a abandonar la estancia.

—No es necesario que te vayas, Lola —dije—. Pero te necesito fuera; no permitas que nadie penetre en el estudio ni se acerque a esta parte del edificio.

—Así lo haré, Duke —contestó, sencillamente.

Mac Grat fue incapaz de reprimir una exclamación ordinaria.

—¿Qué le causa admiración, Mac Grat? —pregunté, frío y distante.

—Nada, señor... Es decir, esa muñeca. Una preciosa mujer. Alabo su gusto, señor —respondió, muy festivo.

—Olvídese de ello, Mac Grat. Y vayamos al motivo que le ha traído aquí. Hable.

—¿Tiene el dinero, señor?

Estuve a punto de contestarle groseramente, pero me reprimí.

Abrí, pues, uno de los cajones de un mueble metálico, conté diez mil dólares y los entregué a mi interlocutor, que tragó saliva y contó velozmente el dinero.

—Caray, señor... Nunca había tenido tanto dinero junto en mis manos. Tengo... tengo la garganta seca... ¿Puedo echar un trago?

—Sírvase lo que le apetezca y no pierda el tiempo —respondí.

Por el prolongado rumor del licor cayendo sobre un vaso, deduje

que Mac Grat, condenado borrachín, se lo había llenado hasta los bordes.

—Y ahora, empiece —exigí.

—Bien, el tipo que vino a verme era joven, bien parecido y mejor vestido. —Mac Grat me lanzó una ardiente vaharada del alcohol al rostro—. La verdad es que no —sé cómo pudo saber quién era yo, pero lo cierto es que no andaba descaminado...

Aquel hombre había invitado a Mac Grat a media botella de *whisky* en una taberna del Bronx.

—Esperó hasta que estuve bien «alegre». Cuando le dije que, en efecto, había servido como mayordomo al señor Fachini, me preguntó si había visto alguna vez en sus manos una agenda de piel de cerdo con sus iniciales. Respondí que jamás había visto aquella agenda durante el tiempo que serví a su padre, señor, y no mentía. Porque sólo la vi cuando él ya estaba muerto...

—Explíquese.

—Cuando el doctor que certificó su muerte dijo que ya podía vestirle y amortajarle, llamé a una empresa de pompas fúnebres. La verdad es que nunca me ha gustado acercarme a los «fiambres»...

Lanzó un sonoro erupto fétido y se disculpó. Aunque la verdad es que no supe si su disculpa se debía a su grosero desahogo gaseoso o al hecho de haber llamado a mi padre «fiambre».

—De forma que varios empleados de la funeraria penetraron en el dormitorio y dieron comienzo a la tarea de amortajarle. Uno de ellos me llamó y me obligó a penetrar allí.

Los empleados fúnebres habían encontrado una agenda entre las ropas de mi padre, exactamente bajo el pantalón del pijama.

—Querían saber qué debía hacerse con ello, ¿comprende? Eché un vistazo a la agenda. Tengo muy mala vista y no sé leer muy bien, señor, pero sí lo suficiente para comprender que aquello era una simple libreta de apuntes. Había largas relaciones de nombres, ciudades y cifras que no supe entender...

—¿Qué hizo con la agenda?

—El difunto la había conservado íntimamente escondida sobre sí. *«Supongo que su deseo sería llevársela al otro mundo»*, deduje. Y ordené a los empleados que la pusieran en uno de los bolsillos del rico traje con el que habían vestido al señor Fachini.

Fui incapaz de reprimir una exclamación de sorpresa, aunque en

verdad había estado esperando algo semejante desde el momento en que el borrachín de Harry Mac Grat comenzara a hablar.

—Entonces... ¿mi padre fue enterrado con su agenda? —pregunté.

—Así es, señor. Dígame, ¿piensa que obré mal? —Se diría que estaba muy preocupado por mi respuesta.

Sentí ganas de reír.

—De ningún modo, Mac Grat. Hizo bien. En cuanto el hombre que quiso pagarle cinco mil dólares por la información... probablemente se trata de algún chantajista —dije, aunque no creía en mis propias palabras—. De cualquier modo, esa agenda podría contener algo que perjudicara al honor de mi padre, amigo mío, de forma que obró de forma adecuada.

—Lo celebro, señor. ¿Puedo... puedo servirme otro trago?

Mac Grat era insaciable, estaba demostrado.

—Está bien. Pero quiero saber algo más... ¿recuerda los hombres de los empleados de la funeraria que se ocuparon de todo?

Bebió largamente y tornó a erupcionar con un rumor desagradable.

—No, lo siento, señor. Pero recuerdo el nombre de la funeraria. Es la Mac Draugh Mortuary, de la calle Ciento Veintisiete. Y ahora, voy a marcharme, si no tiene nada más que ordenarme, señor.

Carraspeé.

—Nada... excepto una recomendación. Váyase a Atlantic City por una temporada y sobre todo no hable una palabra de este asunto a nadie. Le advierto que, en caso contrario, usted sería el primero en verse peligrosamente involucrado, Mac Grat.

Pareció meditar sobre mis palabras durante un minuto.

Para terminar afirmando:

—Puede estar seguro de que callaré, señor. Usted me ha pagado generosamente y debo cumplir con usted. No diré una palabra.

Pulsé un timbre y Lola abrió la puerta.

—Acompaña al señor Mac Grat hasta la puerta. Y dile a Matt que se ponga a su servicio. Mi chófer podría conducirlo directamente a la estación, Mac Grat. ¿Está de acuerdo?

—¡Sí! ¿Por qué no? Diez mil dólares en mi bolsillo y un chófer a mi disposición... ¡Jamás se vio Harry Mac Grat mejor servido! Gracias, señor Fachini.

Todavía se volvió en la puerta y aseguró:

—Por cierto, señor, es usted un entendido en licores. ¡Puedo decirle que usted sabe seleccionar un buen *whisky*!

Y desapareció.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente, conseguí averiguar algo que me interesaba: de los tres empleados del Mac Draugh, dos habían fallecido y el tercero se había marchado con su familia a California.

Deduje que sería muy difícil encontrar a aquella persona y decidí olvidar el asunto.

Lo que pretendía era que nadie pudiera interrogar a aquellas personas y obtener la información que yo había conseguido de Mac Grat.

En cuanto a este último, me había asegurado de que cumpliría su palabra de pasar una temporada en Atlantic City. Por teléfono había dado instrucciones a Matt, ya que mi «Lincoln-Continental» está dotado de radio-teléfono.

Así pues, Matt sacó un billete para el tren y siguió a Mac Grat hasta Atlantic City e incluso tomó nota del hotel en que el borrachín se hospedó la primera noche, después de haberse empapado en alcohol concienzudamente.

Mac Grat no volvería a Nueva York mientras le quedase un dólar. Yo me preocuparía de hacerle llegar las cantidades suficientes para que continuase allí hasta...

¿Hasta cuándo?

Pues bien: hasta que yo consiguiese recuperar aquella agenda.

Desde que Mac Grat abandonase mi casa me había debatido en un mar de dudas y cavilaciones.

Por una parte, parecía lo más prudente olvidarme de la agenda y dejar que aquel librito se convirtiese en cenizas junto con el cadáver de mi desdichado padre.

Por desgracia, el papel no se convierte en cenizas si no es... aplicándole la llama de una cerilla.

Después de largas reflexiones, decidí que lo que debía hacer era recuperar aquella agenda, conocer su contenido y obrar en consecuencia. Que la convirtiese en cenizas o no, dependería de su contenido.

Había un enorme obstáculo; para recuperarla, sería necesario exhumar el cadáver de mi padre.

Para ello es necesario un permiso de las autoridades. ¿Con qué excusa podría yo obtener tal permiso?

En otro caso, no quedaba otra solución que convertirme en un profanador, en un delincuente furtivo. Y ello estaba muy lejos de mi imaginación.

Necesitaba consejo, aliento y ayuda. Porque cualquier problema se agiganta para un hombre ciego como yo.

¿A quién consultar?

Beth estaba de vacaciones en Florida, Jack Kord, mi secretario..., no gozaba aún de toda mi confianza.

Hasta mí llegó el tintineo de unos vasos. Lola estaba en el bar preparándome una bebida fría.

—Acércate, por favor, Lola —rogué.

Y le hablé del asunto. Es obvio que se sobresaltó y se asustó, pero reaccionó enseguida.

—Usted me dijo alguna vez que la tumba de su padre era humilde y pobre, Duke. Podría solicitar ese permiso invocando el traslado del cadáver a un panteón más lujoso —dijo con sencillez.

—¡Justamente! —grité, jubiloso.

No lo pensé mucho. Tomé a Lola por los hombros, la acerqué y la besé en la frente.

—Gracias, Lola, eres un sol —exclamé.

¿Por qué se turbó de aquella forma?

La oí murmurar algo ininteligible y se separó de mí con brusquedad.

La comprendí. Era demasiado tímida y mi caricia la había sobresaltado.

Ya me disponía a decir algunas palabras que le devolvieran la tranquilidad, cuando sonó el teléfono.

Era Beth. Me llamaba para interesarse por mí, como hacía cada día.

—Despreocúpate, querida, —dije—. Y diviértete cuanto puedas.

Lola me cuida maravillosamente. Ella...

—Siempre Lola —murmuró Beth, con resentimiento—. Tendré que empezar a mostrarme celosa, Duke. Esa jovencita...

—Calla —la atajé—. No debes decir nada de lo que después podrías arrepentirte, querida. Además... tú siempre has sido la mujer más generosa del mundo.

—Pero no tan generosa como para dejarme arrebatarse al hombre que amo —saltó rápida.

Inmediatamente cambió de tono y me habló cariñosa y amable como siempre.

Estuvimos charlando unos minutos y antes de despedirse, recordó:

—Por cierto, Duke... Necesito alguna ropa de la que dejé en mi apartamento de Greenwich Village. ¿Querrás enviar a alguien por ella y encargarte de que la hagan llegar a mi hotel de Miami?

Dije que sí y tomé nota en el magnetófono de las ropas que necesitaba, pues, aunque puedo escribir bastante bien, prefiero grabarlo todo en cinta magnetofónica porque es más rápido y cómodo.

—Aguarda un momento, querida. Voy a dar el recado antes de que se me olvide —dije.

Y añadí:

—No cuelgues.

Dejé el teléfono sobre la mesa y salí de la habitación. Buscaba a Lola, que había salido entretanto, pero encontré a Matt.

Le dije que se dispusiese a salir para hacer un recado y que le entregaría una nota, tras lo cual volví al estudio.

—¿Beth?

—Sí, Duke.

—Te lo enviarán mañana. Un beso.

También ella me envió un beso a través del hilo telefónico.

Pulsé el timbre. En cuanto Lola se aproximó, le dije que debía tomar un bolígrafo y el bloc de notas para escribir la lista del encargo de Beth.

Rebobiné la cinta magnetofónica y Lola comenzó a escribir. Ya me disponía a cortar al escuchar aquella frase mía «*No cuelgues*», cuando se oyó una voz masculina desconocida.

—«¿Quién es el fulano?».

—«Chiss, calla. Es Duke Fachini, un tipo podrido de dinero» —oí la voz susurrante de mi querida Beth.

—«Pero... ¿qué tienes tú que ver con él muñeca?» —volvió a sonar aquella desconocida voz de hombre.

—«¡No seas estúpido! Calla; él podría estar escuchando» —le reprendió la voz de mi «dulce» y «fiel» Beth.

—«Prometo no decir una palabra más, pero te besaré a cambio».

Se oyó el claro chasquido de un beso y unos murmullos sospechosos. Luego no volvió a producirse ningún sonido hasta que volví a oír mi propia voz, preguntando: «¿Beth?».

Mi rostro debió tensarse hasta que mis facciones alcanzaron el aspecto del cuero reseco.

Lola tuvo que notar la crispación de mis rasgos faciales, porque su mano se posó un momento después sobre mi brazo.

Y dijo con voz estrangulada:

—Duke, lo siento... ¡Siempre tengo que arreglármelas para estar presente en los momentos más inoportunos!

Mi carcajada la obligó a respingar, sobresaltada.

Luego, cuando la calma volvió a mí, dije:

—¿Qué culpa tienes tú? Por otra parte, yo debí imaginarlo hace mucho tiempo. Beth es joven, ardiente, apasionada... Era demasiado pedirle que me fuera fiel durante cuatro años...

La mano de Lola tembló.

—Sé que no tengo derecho a hacer ningún comentario, Duke, pero... ¡es horrible! Y todavía más llegar a saberlo de esta forma...

—No. Es mejor así; ahora sé a qué atenerme —respondí—. En realidad, no me duele. Hace mucho tiempo que dejé de amar a Beth...

—¿Es posible? —se asombró Lola—. ¿Cómo es que continuaban prometidos, entonces?

—Creí que ella estaba enamorada de mí, entiéndelo. Beth se sacrificó al continuar al lado de un pobre ciego. Yo sólo podía compensarla haciendo lo que entendía que ella deseaba: casarse conmigo.

—Comprendo —murmuró, pensativa y preocupada.

Era curioso.

La casualidad había ordenado las cosas a su capricho. Yo había grabado la lista de las ropas de Beth y el magnetófono había

seguido grabando cuando dejé el teléfono descolgado para buscar a Lola...

Beth tenía un amante, un novio o cómo diablos quiera llamársele, acababa de saberlo de forma fortuita.

Si no hubiera dejado de amar a Beth hacía algún tiempo, aquel descubrimiento me hubiera producido unos celos furiosos y una intensa amargura.

Sin embargo, no experimentaba pesar. Tan sólo una cierta desilusión.

El mito que yo me había forjado en mi corazón acerca de Beth, acababa de derrumbarse estrepitosamente.

Lola —ingenua y abnegada Lola— seguía junto a mí. Adivinaba en ella, a través de las vibraciones de sus dedos, que Lola se sentía ansiosa por procurarme algún consuelo.

Pero yo no necesitaba consuelo. Necesitaba saber encontrar respuesta a todas las interrogantes que mi cerebro comenzaba a urdir.

—Irás tú, Lola —dije.

—¿Iré? ¿A qué lugar?

Abrí un cajón y seleccioné al tacto una llave.

—Es la del apartamento de Beth —expliqué—. Cógela. Recoge de los armarios las ropas que hay en la lista. Pero además...

—¡Sí!

—Quiero que hagas algo por mí, Lola. Registra bien la casa. Y toma nota de cualquier cosa sospechosa que encuentres. Procura dejarlo todo tal como lo halles. Beth no debe sospechar que se han registrado sus muebles. ¿Estás dispuesta?

—Desde luego —respondió, animosa. Y salió.

CAPÍTULO VIII

Mi reloj de pulsera marcaba las once y media de la noche.

Comenzaba a sentirme inquieto. Lola había salido de casa hacia las tres. Habían transcurrido ocho horas y media, tiempo suficiente para volver con su misión resuelta.

Había preferido utilizar el autobús de línea para trasladarse a Nueva York, a pesar de que yo le había ofrecido que Matt la llevase en uno de mis automóviles.

En cualquier caso, el viaje, entre ida y vuelta —teniendo en cuenta el denso y dificultoso transporte a través de Nueva York—, sólo debía durar unas cuatro horas, o tal vez cinco, como mucho.

Tan impaciente me sentía ante el retraso de Lola, que utilicé el teléfono interior para comunicarme con Matt y ordenarle que estuviese preparado por si tenía que salir.

Los minutos fueron transcurriendo con densa lentitud. Para las doce y media me había bebido ya media docena de *whiskys*, tan intensa era mi íntima alarma.

Me disponía a servirme el séptimo *whisky*, cuando sonó el teléfono.

Interrumpí mi agitado pasear y corrí hasta mi mesa, sin temor a tropezar.

—¿Lola? —pregunté nada más descolgar.

Se oyó un quejido.

—Sí... Soy yo. Necesito... ayuda. ¿Podría enviar a Matt con el coche, Duke?

Era su voz, sin duda. Pero tan desfigurada que el espanto se apoderó de mi corazón.

—¡Lola, Lola!— grité, ya perdido el control—. ¡Por Dios Todopoderoso, ¿qué te ha ocurrido?! ¿Quieres que avise a la

policía?

—No... Sólo deseo... que envíe a Matt a recogerme. No tengo dinero... Me lo han quitado. Por otra parte, ya ha debido partir el último autobús...

Una cólera explosiva se estaba incubando en mi pecho. Sin embargo, intenté acallar las furiosas palabras que subían a mis labios y pregunté:

—¿Dónde te encuentras?

—Estoy en una cabina telefónica callejera. Es... una calle muy estrecha y mal iluminada. Espere... Sí, es el Bluehouse Lane. Estaré esperando, pero, por favor, ¡no tarden!

—Iremos ahora mismo —afirmé.

Salí de mi estudio como loco.

No perdí tiempo. Matt estaba dispuesto. Me guió hasta el coche y me ayudó a acomodarme sobre el asiento.

—Vamos a Nueva York, Matt. Bluehouse Lane, en Greenwich Village. ¡Acelera, no me importará pagar todas las multas que puedan imponerme los vigilantes de carreteras!

Matt es mi chófer porque es un profesional que sabe cumplir con su trabajo. Habilidoso y decidido, cumplió mi orden de forma impecable.

Afortunadamente, el tráfico nocturno era escaso, por lo que en cincuenta minutos estuvimos en Nueva York.

Veinte minutos después, Matt redujo la marcha y dijo:

—Bluehouse Lane, señor. No podemos seguir con el coche: hay un poste de hormigón incrustado en el pavimento. No podemos pasar.

—No importa —decidí—. Iremos a pie. Guíame, muchacho.

Bajé por mí mismo del coche y apoyé mi mano en su hombro.

—Debe haber una cabina por aquí cerca, Matt. ¿La ves? —quise saber.

—Hum... La calle es tortuosa, señor. Si me lo permite, le diré que éste es un lugar a propósito para sorprender a alguien y desvalijarle...

—Avancemos aprisa. No te preocupes por mí: te seguiré a buen paso.

Avanzamos unos cincuenta metros. De pronto, Matt exclamó:

—¡Allí, en la esquina! ¡La cabina!

—¿Hay alguien en ella? —pregunté con ansiedad.

—Parece vacía, señor. No veo a nadie.

El corazón me dio un vuelco.

—A pesar de ello, acerquémonos, Matt.

Mi chófer me guió hasta allí y abrió la puerta. Al escuchar su exclamación sofocada, me sentí inquieto.

—¿Qué ves, Matt? —inquirí nervioso.

No oí su respuesta, pero sí me llegó su respiración algo precipitada, como si se hubiera inclinado y estuviera realizando un gran esfuerzo.

El aire se desplazó cerca de mí y entonces olí el inconfundible perfume de los cabellos de Lola.

—¿Qué...?

—Está desmayada, señor. Pero vive.

—¡Aprisa, aprisa! —exclamé—. ¡Llévemola al coche! ¡Hay que buscar un lugar donde la atiendan!

Intenté tomarla en mis brazos, pero Matt es un hombre decidido y había cargado ya con su liviano cuerpo.

Así, Lola en los brazos de Matt y yo unido a ellos apretando entre los míos los dedos de ella como si intentase infundirle vida, llegamos al coche en una carrera.

—Hay un puesto de socorro al final de la calle Catorce Norte —dijo Matt.

—¿Qué esperas para volar, entonces? —grité, impaciente.

El coche arrancó bruscamente haciendo rechinar los neumáticos.

Entonces me incliné sobre mi pobre Lola, desmayada sobre el mullido asiento trasero, y palpé suavemente su rostro bronceado.

Mis dedos fueron recorriendo sus párpados hinchados y tumefactos, sus labios rotos, sus mejillas cubiertas de sangre reseca...

La cólera, el dolor y la pena no me permitieron hacerme preguntas.

Lola necesitaba ayuda. Ayuda urgente y eso era lo único que yo podía considerar en aquel momento.

Por fortuna, Matt detuvo minutos después el coche.

—Hemos llegado, señor. Tranquilícese.

Entre los dos sacamos a Lola. Matt la tomó en sus fuertes brazos y ambos cruzamos la acera y penetramos en el puesto de socorro.

Lola volvió en sí poco después.

Yo mantenía una de sus manos presa entre mis dedos. Noté que ella me oprimía y preguntaba:

—¿Duke?

—Estoy aquí. Descansa, pequeña.

El médico que la atendió me preguntó al final de la cura si deseábamos interponer alguna denuncia.

—¡Desde luego! —afirmé, rabioso—. No descansaré hasta...

Pero Lola me interrumpió:

—No, por favor. Es... cosa mía.

El médico dijo que Lola no sufría ninguna lesión importante, aparte de los hematomas producidos por los golpes en su rostro y de una pequeña hemorragia nasal, ya contenida.

Profundamente, desconcertado ante la reacción de Lola, abandoné el puesto de socorro.

Matt y yo asíamos, cada uno de un brazo, a la muchacha, que llegó hasta el coche por su pie.

Cuando ella estuvo acomodada, dije:

—A casa, Matt. Y no es necesario que corras.

Me recosté en el asiento. La mano de Lola buscó la mía y sus dedos me oprimieron suavemente.

—¿Por qué... por qué te has negado a denunciar un hecho criminal? —pregunté, esforzándome en adoptar un tono frío que estaba muy lejos de ser sincero.

—Pensé que... sería mejor que hablásemos antes, Duke. Después, usted puede hacer lo que mejor le parezca —respondió—. No quise... involucrarle en este asunto.

Me emocionó. Lola era leal hasta el extremo.

—De acuerdo. Pero ahora, Cuéntamelo todo. Por favor —suplicué.

La hizo, con palabras entrecortadas y voz insegura, esforzándose en pronunciar con la mayor claridad a pesar de sus labios rotos e hinchados.

Me codito que había llegado a la casa de Beth, un lujoso ático situado en una tercera planta de una de aquellas casitas antiguas de Greenwich Village, en el mismo Bluehouse Lane donde la habíamos recogido.

Como yo jamás había estado allí, me explicó que el ático

disponía de un acceso independiente: escalera de servicio y ascensor.

—Subí en el ascensor y metí la llave en la cerradura. Tenía prisa por regresar y quería cumplir su encargo en él menor tiempo posible.

Según Lola, era una vivienda muy bonita, lujosamente amueblada y decorada. Un auténtico «nido de amor», según deduje de sus palabras.

—Busqué el dormitorio para recoger la ropa de Beth. Entré. Mi sorpresa fue indescriptible al ver que el lecho estaba ocupado. Un hombre dormía allí. Puede figurarse mi estado de ánimo, Duke... Me asusté.

Ya se disponía a salir del dormitorio, cuando el hombre que dormía en la cama se agitó, inquieto.

—Quedé helada de espanto al reconocer aquellas facciones.

—¿Quién era? —inquirí inmediatamente.

—Era... Jack Kord, su secretario, Duke. La... sorpresa, el asombro y el pudor me detuvieron unos instantes. Después di media vuelta y salí sin cerrar la puerta siquiera.

Lola se sentía tan aturdida por su descubrimiento que al salir a la calle equivocó el camino.

—Llegué al final de la calle y comprendí que me había perdido al encontrarme con el final de un callejón sin salida. Di la vuelta y eché a correr, desandando el camino. Ellos estaban en la esquina, esperándome...

Eran tres hombres muy jóvenes.

Lola había moderado su carrera y pasaba ante ellos, cuando los tres hombres cayeron sobre ella.

—No me dijeron una sola palabra. De repente, las bofetadas y los puñetazos comenzaron a caer sobre mí. Me golpearon... salvajemente, incluso caí al suelo, atontada. Entonces oí un grito femenino. Me incorporé y vi a la mujer que gritaba desde una ventana pidiendo auxilio...

El rumor de unos pasos acelerados le dijeron que sus asaltantes optaban por emprender la huida.

—Como pude, me puse en pie y huí, tambaleándome. No sé cómo pude llegar hasta la cabina telefónica. Sólo tenía una obsesión, Duke: obtener comunicación con usted y lograr su

ayuda...

Sin embargo, cuando fue a sacar unas monedas para hacer la llamada, Lola comprobó que no tenía su bolso.

—Ignoro si lo perdí o me lo robaron. No tenía dinero, ni siquiera las monedas suficientes para obtener línea... Vi pasar a un hombre y le dije que me habían quitado el bolso, que si podía dejarme unos centavos para hacer la llamada... Me miró de arriba abajo, como si yo fuese una... ¡Oh, Dios mío!, como si fuese una mujerzuela, y siguió de largo. Por fortuna, un par de muchachas que pasaron por Bluehouse Lane se apiadaron al verme en tan lastimoso estado y me entregaron unas monedas... Sentía pánico pensando en la posibilidad de que aquellos hombres volvieran. Creo... que fue el espanto lo que provocó mi desmayo cuando terminé de hablar con usted, Duke.

Una ira honda y ardiente agitaba todo mi ser. Pero quería saber más detalles sobre el atentado.

—Ahora ya ha pasado, Lola, y está a salvo. Las huellas de los golpes desaparecerán por completo de su rostro. ¿Quiere descansar o prefiere que sigamos hablando? —me interesé.

—Estoy bien, Duke. Creo que iba a preguntarme...

—Sí. ¿Cree que el ataque fue premeditado?

—Desde luego. Cuando llegaba a la altura de aquellos individuos, percibí que uno de ellos prevenía a los otros dos con disimulados codazos: «Atención —le oí decir—, debe ser ésa la chica». Y me cortaron el paso.

Si se pensaba con lógica, no era difícil encontrar un nombre: Jack Kord, mi eficiente e inteligente secretario.

Por supuesto, Jack se entendía de alguna forma con Beth. De otro modo no se explicaba que ella le permitiese habitar en su apartamento de Greenwich Village...

Como si tuviese la facultad de seguir el hilo de mis pensamientos, Lola murmuró:

—Un nuevo golpe bajo para usted, Duke.

—Es cierto —asentí, rencoroso—. También Jack me traicionaba.

—Supongo que él debió despertarse al oír el chasquido de la puerta, cuando yo escapaba —dijo Lola, reflexiva—. Sólo tuvo que asomarse a la ventana para reconocerme. Debí imaginar que yo hablaría con usted y entonces...

El resto podía adivinarse fácilmente.

Para no complicarse personalmente, Jack podía haber contratado por teléfono a unos cuantos matones.

El muy estúpido debía conocer muy poco a Lola cuando imaginaba que ella iba a asustarse tanto por la paliza que sus labios enmudecerían.

No pudo negar que me sentía indignado, fuera de mí.

Acariciaba los cabellos de Lola, al tiempo que mi pensamiento volaba a Miami.

«Has cometido dos errores, mi querida Beth —pensé—. Ahora sé muchas cosas inconfesables relacionadas contigo. Pero necesito saber más, mucho más».

Llegamos a Port Jervis a las tres y media de la madrugada, y me ocupé de que la señora Andrews atendiera a Lola.

Cuando estuvo acostada, entré en su dormitorio, me incliné y la besé en la frente.

—Eres una chica valiente y abnegada, Lola. Nunca lo olvidaré. Duerme ahora. Mañana tendremos que trabajar de firme —murmuré a su oído.

Sus manos tomaron las mías y las oprimieron en silencio.

Sentí que nada deseaba más en aquellos momentos que continuar a su lado. Pero comprendía que ella debía descansar.

—Buenas noches, pequeña —dije desde la puerta.

Y salí.

Pasé todavía un buen rato en mi estudio escribiendo una docena de tarjetas-invitación para la fiesta de mi cumpleaños, un par de semanas después. Y luego me fui a la cama.

CAPÍTULO IX

—Lo siento, señor Fachini, pero he comprobado bien el dato antes de contestar a su pregunta: puedo certificarle que esta agencia no recomendó a usted a ninguna persona llamada Jack Kord —me dijeron.

—Está bien. En tal caso, les aconsejo que sean cautos —les recomendé—. Porque alguien está utilizando el nombre de esa agencia para extender falsos certificados de antecedentes profesionales.

—¿Está seguro? —mi interlocutor parecía muy preocupado—. Lo tendremos en cuenta, señor Fachini... Créame que...

No seguí escuchando: no me interesaba ya. Ahora sabía que Jack se había servido de unos falsos documentos para conseguir llegar al puesto de secretario personal mío.

Por fortuna, soy un hombre desconfiado por naturaleza y sólo entrego mi confianza a otras personas cuando estoy seguro de ellas.

Jamás había permitido que Jack penetrara en mis asuntos más secretos y delicados, de lo que ahora debía alegrarme.

Porque Jack llevaba tres días sin aparecer por mi casa. No había telefonado, ni siquiera escrito una nota despidiéndose.

Es razonable pensar que él sospechó que tanto Lola como yo acabaríamos por relacionar el salvaje atentado de unos días antes con el hecho de que la joven le hubiera sorprendido en el apartamento de Beth.

Yo no quería pasar por alto el suceso: Jack Kord debía recibir su castigo. Por tanto, presenté una denuncia en representación de Lola y, particularmente, encargué a una agencia de investigación que buscaran a Jack.

Transcurrieron otros tres días.

Lola estaba casi restablecida. Juntos dábamos largos paseos por el parque, cogidos de la mano.

Yo tenía miedo de confesarme abiertamente que había llegado a enamorarme locamente de Lola.

Mi miedo respondía a una sola cuestión: la invalidez, mi ceguera. ¿Cómo proponer a aquella bella muchachita que se uniese por el resto de sus días a un hombre ciego?

Aquella tarde, Matt fue a buscarnos al lago a bordo del pequeño *jeep* que solía utilizar cuando salíamos de excursión a algún lugar de las cercanías.

—Hay una llamada para usted, señor. Se trata de un tal señor Jarvis —dijo.

Volvimos a la casa en el *jeep*.

Malcolm Jarvis es el director de la agencia de detectives. Lo que tenía que decirme no era gran cosa.

—Lo siento, señor Fachini. He dedicado mis mejores hombres a la tarea de buscar a Jack Kord. Con resultado negativo, debo confesarlo. Créalo, no existe en Nueva York ningún hombre que se llame así. ¿Está seguro de que ese nombre no es falso? —preguntó Jarvis.

No supe qué contestar. En verdad las palabras de Jarvis esbozaban una posibilidad que ni a mí mismo se me había ocurrido considerar.

Por desgracia, no disponíamos de una sola foto de Jack.

—Está bien, abandonen la investigación —decidí.

Estaba seguro de que Jack jamás se atrevería a acercarse a mi casa ni a molestar a Lola.

A la mañana siguiente recibí el aviso de la funeraria.

—Todo está a punto, señor Fachini. El panteón que guardará los restos de su padre está terminado. Espere a verlo: estoy seguro de que quedará encantado... Oh, perdone, señor, olvidaba que usted no puede...

—No tiene por qué disculparse. Es cierto, no podré ver el panteón de mi padre, pero estoy seguro de que ustedes habrán construido una obra de arte. ¿Cuándo podremos trasladar los restos? —quise saber.

—En la fecha que usted fije, señor. ¿Tiene el permiso para realizar la exhumación?

—Sí... Se lo entregaré mañana por la tarde... ¿Está bien?

—Perfectamente, señor.

Tragué saliva.

¿Cómo resultaría todo aquello? En cualquier caso, para mí suponía una inquietante y desagradable experiencia.

Lola y yo salimos a la terraza hacia las doce para tomar un aperitivo al aire libre.

Poco después, Matt se acercó a nosotros.

—¿Qué ocurre, Matt? —pregunté.

—No lo sé, señor. Hay un hombre en la verja. Dice que es empleado de teléfonos y pretende revisar el cajetín-registro telefónico. ¿Les avisó usted tal vez, señor?

La aceituna del martini se me atragantó.

Por supuesto que yo no había ordenado ninguna revisión ni ampliación telefónica.

Una sospecha se agigantó en mi mente... ¿Trataban de desviar mi línea para controlar mis llamadas telefónicas?

—No he dado ningún aviso —dije, pensativo—. Será mejor que utilices el interfono de la cancela y le preguntes para qué necesita revisar ese aparato.

Matt volvió poco después:

—Ese hombre me ha enseñado su orden de trabajo a través de la cámara de televisión, señor. Dice que hay avería en la zona y están tratando de localizarla.

—Déjale pasar, entonces. Pero no le pierdas de vista mientras permanezca dentro —indiqué.

La sospecha seguía alterando mi tranquilidad, no obstante.

Lola fue a buscar unos prismáticos y estuvo vigilando a aquel hombre desde el refugio elevado de la terraza.

Pasó media hora. El empleado seguía trabajando subido en una escalera portátil.

—Es extraño —dijo Lola—. Demasiado tiempo para una simple revisión.

Hacia la una, Matt fue requerido por aquel desconocido para que le franquease la salida.

Cuando Matt volvió, decidí:

—Toma el coche, ve a Port Jervis y llama a la sección de averías de la compañía telefónica, Matt. Pregunta al encargado si ha

ordenado alguna revisión en esta zona.

Cuando Matt se alejó, oí la respiración acelerada de Lola.

—¿Qué teme, Matt? —preguntó, intranquila.

—Nada, pequeña. Pero quiero asegurarme de que el empleado de teléfonos no era un intruso —respondí.

Lola me sirvió un nuevo martini. Debía sentirse muy nerviosa, porque el gollete de la botella tintineó sobre el borde de la copa.

Matt volvió media hora después. Parecía preocupado, a juzgar por el tono de su voz.

—Es extraño, señor. La respuesta es negativa: no se ha producido ninguna avería en la zona. Tampoco han enviado a ningún empleado.

Sonreí.

Mi sospecha tenía fundamento, tal como acababa de demostrarse: mi teléfono estaba interceptado.

¿Quién tenía interés en escuchar mis conversaciones telefónicas...?

Lola dejó escapar una exclamación contenida.

—Oh, Duke, es terrible...

—¿Por qué? —respondí, sereno—. Ellos no saben que estoy al tanto de la maniobra. Puedo utilizar el teléfono para engañarles. Por otra parte, son unos estúpidos...

—¿Por qué?

—Sencillamente, no se han parado a pensar que mi «Continental» dispone de radioteléfono. Y ése no pueden interceptarlo, ¿comprendes?

Lola dejó escapar un suspiro.

—No puedo comprender cómo se siente tan tranquilo, Duke. ¡Yo me siento como sobre ascuas! —exclamó.

—No tengo mucho que perder, Lola. Pero no ocurre lo mismo contigo. Voy a enviarte a tu casa por una temporada. Es una bella ocasión para que disfrutes tus vacaciones —dije.

Se opuso inmediatamente.

—No quiero irme a mi casa, Duke. Permaneceré aquí, junto a usted —afirmó, convencida.

—Como prefieras. Por otra parte, estoy seguro de que no ocurrirá nada desagradable, pequeña.

Lo dije sólo por tranquilizarla. La verdad era que yo mismo

empezaba a sentirme dominado por la inquietud.

—Acompáñame al estudio —propuse—. Vamos a empezar a trabajar ahora mismo.

La tomé por la mano y entramos en la casa.

En primer lugar hice una llamada a Jim Lawrence.

—¿Jim? Le habla Duke Fachini. Le llamo para prevenirle que no estaré en casa pasado mañana. Sí, iré a Boston para ordenar la nueva campaña de la Flower Enterprise... Muy bien, Jim. Le agradezco su interés.

Colgué y marqué un nuevo número.

—¿Oficina de la Eastern Air Lines? Soy Duke Fachini. Necesito dos reservas para el vuelo de mañana a las dieciséis horas, destino Boston... ¿Cómo...? Perfectamente, gracias. Estaremos en el aeropuerto a las quince treinta.

Lola pareció extrañarse.

—¿Cómo? ¿Va usted de viaje... solo? —preguntó.

—No. Tú me acompañarás.

—Pero no comprendo. La campaña de la Flower Enterprise...

—Está decidida ya, lo sé... En cuanto a nuestro destino... No iremos a Boston, sino al West Cemetery. En cambio, *ellos*, los que escuchan mis conversaciones, creerán que estamos a muchas millas de distancia de Nueva York.

—Pero pueden seguirnos, Duke. Y comprobar que...

—Me ocuparé de eso, querida. Tengo un buen amigo en el aeropuerto Kennedy. Él se encargará del resto.

CAPÍTULO X

El automóvil se deslizaba a gran velocidad por la autopista que conduce al aeropuerto.

De repente, sentí la mano de Lola aferrando mi muñeca.

—¿Qué?

—Nos siguen, Duke. Es un «Ford» azul, un sedán. Procura mantenerse a distancia, pero no nos pierden de vista —dijo, temblorosa.

—Tranquilízate, no ocurrirá nada... aunque mis pronósticos se van cumpliendo paso a paso. ¡Pisa el acelerador, Matt! —exclamé.

El «Continental» se despegó velozmente de los automóviles que circulaban tras él.

—Creo que hay una estación de servicio a poco más de un kilómetro, Matt. Desvíate, cuando llegemos allí —indiqué.

El frenazo me hubiera precipitado contra la espalda de Matt, de no estar yo prevenido. Poco después el coche se inmovilizaba.

—¿Observas algo? —pregunté a Lola.

—Han... han pasado de largo —respondió ella, que miraba a través de mis prismáticos—. ¡Espera! Se han detenido como a un kilómetro. El coche se ha ocultado tras un seto, junto a un motel... ¡Están aguardándonos!

—¡Perfecto! —exclamé—. Vamos, Matt, baja y que llenen el tanque. Es preciso cuidar todos los detalles para evitar sus sospechas.

Cinco minutos después abandonábamos la gasolinera y proseguíamos el viaje.

Al cruzar ante el motel, Lola se movió en el asiento.

—¡Ahí están! Vuelven a seguirnos —advirtió.

A las quince treinta penetramos en el aparcamiento del

aeropuerto. Guiado por Lola, penetré en el vestíbulo y verificamos nuestras reservas.

Ella se sentía en vilo, pero no dijo una sola palabra. Mientras hacían la llamada a los pasajeros, entramos en la cafetería y tomamos un café.

Alguien me tocó en la mano. Era el camarero.

—Señor Fachini, supongo. Mark me encargó que le dijera que todo está dispuesto. Una persona les atenderá a bordo del avión.

—Gracias —murmuré. Y dejé una propina sobre la barra.

Lola me apretó la mano.

—No lo comprendo, Duke... ¿Vamos a quedarnos en tierra o subiremos al avión? —preguntó desconcertada.

Reí en un murmullo.

—Las dos cosas, pequeña —respondí enigmático.

A las quince cuarenta y cinco, los altavoces anunciaron el vuelo 789 de la compañía Eastern Air Lines, destino Boston.

Descendimos a la planta baja, mostramos nuestros billetes y atravesamos las pistas, a la cabeza de la hilera de pasajeros que se disponían a tomar el *jet*.

Subimos despacio la escalera y penetramos los primeros en el avión.

Una voz femenina preguntó:

—¿Señor Fachini? Vengan por aquí, por favor.

La seguimos por el pasillo hasta el lavabo.

—Pónganse estos uniformes. Usted primero, señorita...

Lola debió quedarse de una pieza. Pero no opuso nada. Entró en el tocador para salir un minuto después.

—¡Duke! ¿Sabe que me siento muy bien el uniforme de azafata? —rió, nerviosa.

—Espero que a mí me siente igualmente bien mi uniforme de piloto —murmuré.

No me fue muy fácil cambiar mi traje por el uniforme de piloto en aquel reducido habitáculo, pero lo conseguí en pocos minutos.

—Esperen —dijo la azafata—. Dentro de dos minutos llamarán desde la torre de control al capitán Powell y a la azafata Winters. Diríjense entonces a la escalera y abandonen el avión.

Entretanto, los pasajeros seguían subiendo al avión y ocupando sus asientos.

A través de mi mano sentía las vibraciones de la piel de Lola, que aguardaba en tensión.

Poco después, los altavoces de a bordo reclamaban en control la presencia del piloto Powell y de la azafata Winters.

Solté la mano de Lola y susurré:

—Ahora camina delante de mí sin alejarte más de dos pasos. Es preciso que no nos vean cogidos de las manos. Caso contrario, sospecharían si están vigilando el avión, como supongo.

—Pero... ¡Duke! Puede tropezar y caer en la escalera...

—Descuida. Iré con cuidado. Vamos —la animé.

Descendí la escalera despacio y seguí a Lola a través de las pistas, guiado por mi detector.

Finalmente alcanzamos el edificio del aeropuerto y penetramos en un ascensor.

Una mano oprimió mi hombro.

—¿Todo fue bien, Duke?

—¡Mark, eres tú! —exclamé alegre—. Gran muchacho, has sabido urdirlo todo a la perfección.

—Era lo menos que podía hacer por un viejo amigo de la Universidad, Duke. Bien, fuera hay un coche esperándoos. Os deseo suerte.

Apreté con fuerza la mano de Mark Levine y murmuré unas palabras de agradecimiento.

Luego el ascensor se detuvo y Mark se separó de nosotros.

Minutos después subíamos al automóvil que nos aguardaba y rodeábamos el aparcamiento.

—¡Ahí está! —exclamó Lola.

—¿Quién?

—El «Ford» azul de *ellos*, estacionado en el aparcamiento. ¡Les hemos burlado! —gritó Lola, jubilosa.

—¿Ves? No había nada que temer.

—Ya veremos. ¿Cuál es nuestro destino?

—Hotel Sherman. Matt reservó esta mañana dos Habitaciones y dejó en ellas nuestras ropas. Nos cambiaremos y nos trasladaremos al West Cemetery. ¿Estás segura de que serás capaz de soportarlo?

Adivino que tragó saliva y se retorció las manos, muy inquieta.

—Sí —afirmó—. Iré contigo.

CAPÍTULO XI

Hacía calor hacia las ocho de la tarde, pero Lola se estremeció al escuchar las palabras del empleado de la funeraria:

—Pueden bajar, señor Fachini. El féretro llegará en unos minutos.

Lola me precedió por la estrecha escalera que descendía hasta el panteón.

Al llegar abajo, percibí el olor de la cera y el calor que emanaba de una lámpara colgada del techo.

—¿Cómo... es esto, Lola? —pregunté, sólo por romper el silencio.

Volvió a estremecerse.

—Muy bello y muy... frío, Duke. Ojalá terminemos cuanto antes —respondió, impresionada.

Por mi mente cruzaron ideas disparatadas.

Imaginé por un momento que aquellos hombres —los empleados de la funeraria— hubieran sido sobornados.

Según me había informado el encargado de las obras, la inviolabilidad del panteón había sido asegurada por la colocación de dos puertas: una metálica, con una bella cristalera, a la entrada y otra blindada, de acero, al final de la escalera.

¿Qué sería de Lola y de mí si uno de aquellos hombres cerraba las dos puertas...?

El panteón había sido construido en hormigón armado y forrado interiormente de mármol. Suponía una especie de *bunker*, una ratonera de la que no podríamos escapar.

Del exterior llegó un resuello.

Dominado por un temor irrazonable, tomé a Lola por un brazo y retrocedí hacia la escalera.

Mis dedos palparon la gruesa puerta metálica. Suspiré: no había nada que temer.

De arriba llegaron unos jadeos y el rumor de unos pies arrastrándose.

Estaban descendiendo el féretro que contenía los restos de Renzo Fachini.

—Apártense, por favor y —dijo alguien.

Retrocedí un poco, pero sin soltar la puerta. Al menos, no me pillarían descuidado. Además, en el bolsillo de mi chaqueta estaba mi «Luger».

Los hombres trabajaban en silencio. Apenas un monosílabo indicativo y sus respiraciones agitadas, era el sonido que llegaba hasta mí.

—¿Qué hacen? —susurré al oído de Lola.

—Creo... creo que están sacando el... cadáver de tu padre del... viejo féretro para... meterlo en el nuevo —murmuró balbuciente.

Pensé en Renzo Fachini, en mi padre, en el hombre que se había enriquecido por procedimientos poco limpios.

¿Qué sabía en realidad de él? Nada.

Me había demostrado amor, había procurado mantenerme al margen de sus ilícitos negocios, me había dado una buena educación y un porvenir brillante.

Pensé también en la agenda de piel color marrón que Mac Grat había metido en uno de sus bolsillos antes de ser sepultado.

Por un momento, deseé con todas mis fuerzas que aquella agenda sólo contuviese anotaciones sin importancia.

¿No traerían aquellas revelaciones desgracias y angustias para mí?

Mis dedos palpaban, de forma inconsciente, la superficie bruñida de la puerta.

Unas llaves estaban insertas en la cerradura de seguridad. Sin darme cuenta las acaricié y las saqué.

La puerta blindada podía cerrarse tanto por fuera como por dentro. ¿Por qué...? Parecía estúpido, pensé.

Me guardé las llaves en el bolsillo, desconfiado.

Busqué las facciones de Lola y advertí que ella no miraba hacia el centro del panteón, donde se encontraba la cripta.

En verdad, ella estaba muy asustada. Y yo lo comprendía. En

realidad, no debí permitir que Lola me acompañara. Pero sin ella me consideraba tan desvalido como un niño.

Alguien se aproximó a mí en aquel momento.

—Memos terminado el trabajo, señor Fachini —me dijo Hughes, el delegado de la funeraria—. Sólo falta sellar el féretro y colocar la losa sobre la cripta.

Carraspeé. Se acercaba el peor momento para mí.

—Está bien. Salgan un momento, por favor. Quisiera rezar unas oraciones. Mi secretaria les avisará cuando haya terminado —expliqué.

—Como usted quiera, señor Fachini —se avino Hughes.

Oí el rumor de los pasos de los cinco hombres subiendo la escalera.

—¿Se... se han ido ya?

—Sí —respondió Lola, con un soplo de voz.

—Bien... Yo me acercaré al... ataúd. Creo que será mejor que subas hasta el final de la escalera y vigiles que no venga nadie —insinué.

—De... de acuerdo, Duke —respondió Lola con un suspiro.

En realidad, mi petición no era más que una excusa para evitarle estar presente en el momento en que yo abriese el féretro y buscase en los bolsillos de la chaqueta.

Temía que ella no fuese capaz de aguantarlo y se desmayase.

Así pues, esperé hasta oír sus pasos alejándose y sólo entonces me aproximé al centro del panteón.

La cripta era de rico mármol importado de Italia. Mis dedos tantearon las frías losas y palparon la madera del féretro.

Temblaba sin poder evitarlo cuando alcé la tapa del ataúd.

Al hacerlo, un olor extraño llegó a mi nariz.

¡Polvo, fino polvillo, materia deleznable, restos de un ser humano...!

Tuve que hacer un poderoso esfuerzo para sobreponerme al temblor de mis rodillas.

Adelanté una mano... y palpé la fina textura de la tela, busqué un bolsillo.

Él pecho se hundió sordamente y el polvillo volvió a alzarse. Me estremecí de pies a cabeza, di un paso atrás.

—Debo hacerlo, ¡debo conseguirlo! —dije en voz alta, para

darme ánimos.

Volví a palpar la tela, hundí los dedos en el bolsillo.

¡Nada!

«Debe estar en el otro», pensé.

Alargué la mano, contuve el aliento para no respirar aquel fino polvo y hundí los dedos en el otro bolsillo.

Palpé algo duro y rígido.

¡Allí estaba la agenda, tal como asegurase Harry Mac Grat!

La saqué con ademán inseguro, la palpé y me la guardé en un bolsillo.

Poco a poco fui recuperando el dominio de mí mismo. Al fin y al cabo, aunque muerto, aunque convertido en cenizas, aquel cuerpo había pertenecido a mi desdichado padre.

Cerré con cuidado la tapa del féretro y me dejé caer de rodillas.

Estaba pronunciando una oración silenciosa, cuando afuera restallaron los disparos.

Me puse en pie de forma tan precipitada que mi cabeza chocó contra la cripta y mis rodillas se doblaron.

Maldije mi ceguera, rabioso.

De la escalera llegó un alarido penetrante.

La sangre se congeló en mis venas al comprender que era Lola la que acababa de gritar.

Atontado y dolorido conseguí ponerme en pie y avanzar unos pasos hacia la puerta blindada.

Alguien chocó contra mí y me derribó.

Era Lola.

—¡No! —chilló, descompuesta—. ¡No salgas!...

—¡Por Dios Todopoderoso, Lola! ¿Quieres decirme qué está ocurriendo? —grité.

No respondió.

Pero me ayudó a levantarme, se separó de mí y oí el chirrido de la puerta blindada.

Entonces comprendí. Fuese por la razón que fuese, arriba aguardaba la muerte.

Entonces metí una mano en mi bolsillo y saqué las llaves.

—¡Cierra..., cierra cuanto antes! —grité.

Arriba, probablemente en la escalera, resonaron unos disparos amortiguados, seguidos de rápidos pasos acelerados.

Oí el chasquido de las balas golpeando el acero, el zumbido metálico del plomo golpeando el metal...

—Está..., está cerrada —murmuró Lola, con un suspiro prolongado.

—Calla —ordené acercándome a ella y tirando de su brazo para separarla de la puerta.

Los pasos acababan de detenerse. Alguien maldecía allá fuera.

Entonces di gracias mentalmente al hombre que había construido aquella puerta y acoplado una cerradura de seguridad, accionable por los dos lados.

Aquel error, aquella aparente tontería, acababa de salvarnos la vida.

Lola temblaba de pies a cabeza, cobijada en mis brazos.

—¿Qué..., qué ocurrió? —pregunté en un susurro.

—No lo sé —respondió, angustiada—. Estaba en mitad de la escalera cuando escuché los disparos. El pánico se apoderó de mí, pero aún era mayor mi curiosidad. Subí unos peldaños, miré afuera y vi...

Vio a los cuatro hombres que se acercaban a la carrera disparando sus metralletas.

—Uno de los empleados lanzó un grito y cayó dando volteretas. Entonces uno de los forajidos me miró. Alzó su metralleta y... No vi más: lancé un alarido y corrí, peldaños abajo...

Vibraba como un pajarillo, estremecida de horror.

Unos golpes salvajes resonaron sobre la puerta.

—¡Abran, abran!... ¡Sabemos que están ahí, señor Fachini! —gritaron.

No me moví del lugar que ocupaba junto al frío mármol.

¿Abrir?

¿Para qué? ¿Para qué nos acribillasen a balazos?

Por el momento, Lola y yo estábamos a cubierto.

Quizá... sólo por el momento.

Porque unos segundos después las secas detonaciones restallaban en la escalera y la puerta de acero resonaba metálicamente al impacto de las balas.

—¡Duke! —gimió Lola—. ¡Están tratando de destrozar la cerradura a balazos!...

CAPÍTULO XII

La puerta resistió.

Fuera seguían sonando los golpes y las blasfemias.

—¡Salga, Fachini! ¡Salga o volaremos la puerta!

Era una bravata.

Era lógico deducir que aquellos hombres no iban a ir cargados de explosivos como si se prepararan para la guerra.

Intenté pensar.

No había ninguna solución a nuestra angustiosa situación, por supuesto.

Sólo tenía una esperanza: que la puerta resistiera, que aquellos salvajes se cansasen de esperar o que... alguien llamase a la policía.

No acertaba a encontrar una respuesta concreta a las preguntas que estaba haciéndome.

¿Quiénes eran aquellos individuos, qué se proponían, cómo habían conseguido saber que Lola y yo nos encontrábamos en el cementerio y no en Boston?

De repente, advertí que los gritos y los disparos habían cesado al otro lado de la puerta.

Oí un grito y en la escalera resonaron unos pasos que fueron alejándose hasta que dejaron de percibirse.

Luego todo quedó en silencio.

—Solos... —murmuró Lola, llena de pánico—. Solos en una cripta subterránea, en compañía de un muerto.

Respiré hondo.

—Los muertos no nos harán el menor daño —dije—. Es a los vivos a los que debemos temer.

Transcurrieron cinco..., diez minutos...

Se diría que aquellos desconocidos de las metralletas habían

huido. Pero ¿cómo estar seguros de que no nos aguardaban fuera, en la superficie?

Según había calculado, el panteón era de reducidas dimensiones: unos cinco metros de hondo, por cuatro de ancho y tres de altura.

En total, contenía unos sesenta metros cúbicos de oxígeno. ¿Cuánto tiempo podríamos seguir respirando?

—Debe haber unas velas ardiendo —dije—. ¿Quieres apagarlas, Lola? ¡Es necesario que reservemos el oxígeno!

Ella se alejó con pasos vacilantes y volvió inmediatamente.

Entonces tomé sus manos, las apreté y dije:

—Te quiero, Lola.

Ella murmuró algo que no pude entender. Pero sus brazos rodearon mi cuello y sus labios buscaron los míos con ansiedad irrefrenable.

—¡Duke, Duke!... —murmuró, amorosa.

Me estremecí, dichoso.

Sus labios eran tímidos, no sabían besar... Pero su aliento era fresco y me comunicaba todo el valor que necesitaba para afrontar la angustiada situación.

Todavía estábamos abrazados, cuando resonaron los pasos fuera, en la escalera.

Quedamos rígidos, esperando.

Oímos el rumor de unas manos que tanteaban la puerta de acero.

Y luego las voces:

—¡Vamos, salgan de aquí! ¡No tienen nada que temer...!

¿Podíamos creerles?

¿Era la policía o... eran *ellos*, tratando en engañarnos?

Ni siquiera me atrevía a respirar, a moverme. La duda me martirizaba.

—¡Les habla el sargento Davis! —Tornaron a gritar—. ¡Pueden salir, señor Fachini!

Busqué el rostro de Lola.

—¿Abrimos?

—Creo... que es la policía, Duke. Se diría que utilizan un megáfono para aumentar la voz. Y sólo la policía suele disponer de esos aparatos —respondió ella.

Sólo entonces comprendí que era cierto. Que estábamos

salvados.

Tomé las llaves de manos de Lola, busqué la cerradura e introduje la llave que abría la puerta.

Antes de hacerla girar, recordé que tenía la agenda. ¿Y si la policía hacía preguntas, si llegaban a cachearnos?

Saqué la agenda y la puse en manos de Lola.

—Guarda esto. No quisiera que llegase a manos de la policía —le indiqué.

Transcurrieron unos segundos. Luego ella dijo:

—Puedes abrir, Duke.

Di vuelta a la cerradura.

Inmediatamente, alguien me tomó por un brazo y me condujo escaleras arriba.

—¿Se encuentran bien? Soy el sargento Davis —me preguntó alguien.

—Muy bien, sargento —respondí, haciendo un esfuerzo por conservar la serenidad—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Creo que debía estar mirándome fijamente cuando respondí:

—Eso... tal vez pueda usted decírnoslo, señor Fachini. Viéndole ahora, puedo comprender por qué mataron al pobre Hughes...

—¿Hughes? —exclamé—. ¿Ha muerto?

—Sí... Le acribillaron a balazos... confundíéndole con usted. Son de la misma estatura, ambos visten de negro, tienen los cabellos negros y rizados, y también los dos usan gafas. Quiero decir... el señor Hughes usaba gafas —me informó Davis.

Y agregó:

—¿Puede usted explicar todo esto de alguna forma, señor Fachini?

Denegué con la cabeza.

—¿Por qué habría de saberlo? Mi secretaria me acompañó al cementerio para asistir al traslado de los restos de mi padre al nuevo panteón que he ordenado construir a tal fin. Me encontraba orando ante la cripta cuando Lola gritó y bajó corriendo, al ver que unos individuos se acercaban disparando. Afortunadamente, la puerta blindada de abajo puede cerrarse también por dentro. Y eso fue lo que hicimos...

Se produjo un silencio. Davis estaba reflexionando, supuse.

—En el aparcamiento hemos encontrado el cadáver de un

hombre dentro de un automóvil, señor Fachini. Sus documentos le acreditan como Harry Mac Grat... ¿Le conoce?

Mi exclamación de sorpresa no fue fingida.

—Mac Grat... Sí, creo recordarle —contesté—. Fue mayordomo de mi padre. Es cuanto sé de él.

Davis carraspeó.

—Bien. Me temo que tendrán que acompañarme hasta el precinto policial, señor Fachini. Tendrán que firmar una declaración —dijo.

—Sargento, hemos pasado un mal rato ahí dentro. Mi secretaria no se encuentra bien. ¿No puede dejar ese trámite legal para mañana? —insinué.

—Serán sólo unos minutos. Acompañenme, por favor —decidí. No fue muy agradable.

En el despacho del teniente Howard hubimos de aguantar algo que tenía mucho parecido con un interrogatorio en regla.

—Por desgracia, no pudimos capturar a ninguno de los forajidos que dispararon contra el señor Hughes. De modo que sólo contamos con las declaraciones de los empleados de la funeraria y con las de ustedes dos. Los empleados han declarado que usted les ordenó salir, señor Fachini, que les obligó a dejarles solos. ¿Por qué?

—Ya se lo he dicho —respondí, malhumorado—. Quería estar a solas en la cripta para rezar una oración por mi padre.

—Ya —era evidente que Howard no estaba convencido de la sinceridad de mis palabras—. No puedo retenerles, señor Fachini, pero voy a hacerle una proposición. ¿Permitiría que registráramos sus bolsillos?

Me indigné... aparentemente.

Finalmente acabé aceptando:

—Ignoro qué se propone con ello, teniente. Pero si después nos promete dejarnos en paz, ¡sea! Regístreme.

Lo hizo enseguida, con gran habilidad, pero debió sentirse muy decepcionado al no encontrar nada.

—Deme su bolso, señorita Brown —exigió entonces.

—¡Está loco! —grité excitado, pues había abrigado la esperanza de que Lola no fuese cacheada—. ¡No puede hacerlo!

El policía esquivó mis manotazos, sin embargo.

Aguardé, en tensión, esperando que de un momento a otro

encontrase la agenda que yo mismo había entregado a Lola.

—Lo siento —le oí decir, finalmente—. Esperaba encontrar algo.

¡Luego no la había encontrado! ¿Dónde habría guardado Lola la agenda, en tal caso?

—¿Qué esperaba encontrar, exactamente? —pregunté con frialdad.

—No lo sé —confesó—. Pero los desconocidos que mataron a Hughes se presentaron en el cementerio y obligaron a salir al encargado del camposanto, por la fuerza. Demostraban un gran interés por saber dónde se encontraba el nicho que albergaba los restos de Renzo Fachini e incluso tomaron picos y palanquetas para profanar la tumba. Está claro que buscaban algo.

Me encogí de hombros.

—No sé qué decirle, excepto que me encuentro cansado y nervioso. No olvide que tanto mi secretaria como yo hemos vivido una experiencia terrible —respondí.

—Lo comprendo. Está bien: pueden marcharse. Si surge alguna novedad, iré a verle a Port Jervis —advirtió.

Abandonamos la estación de policía y Lola detuvo un taxi.

—Llévenos a Port Jervis. Residencia Fachini —ordenó.

En verdad, no valía ya la pena volver al hotel Sherman y seguir fingiendo que nos encontrábamos en Boston.

Ellos sabían ya que estábamos en Nueva York, de la misma forma que yo sabía —imaginaba, mejor— por qué aquellos forajidos habían irrumpido en el West Cemetery.

Con toda seguridad, Harry Mac Grat se había dado más prisa de lo que yo suponía en gastar mis diez mil dólares.

Tratándose de un borrachín redomado, de un hombre sin escrúpulos, Mac Grat debía haber recordado que otra persona le había ofrecido cinco mil dólares a cambio de información sobre la condenada agenda.

Sin duda, Mac Grat había decidido trabajar para dos bandos. Regresaría a Nueva York, buscaría establecer contacto con el desconocido que le había pagado media botella de *whisky* y, a cambio de aquellos cinco mil dólares, Mac Grat habría hablado.

Pensé con sarcasmo que a Mac Grat no le había ido bien en los negocios: por toda paga, sólo había recibido un par de balazos en la nuca.

Lola permanecía silenciosa a mi lado.

De pronto me incorporé bruscamente.

—Por cierto, pequeña, ¿dónde escondiste la agenda? Howard no fue capaz de hallarla en tu bolso...

Por primera vez después de los dramáticos acontecimientos que habíamos vivido aquella tarde, oí que dejaba escapar una risita burlona.

—Adivínalo —fue su respuesta.

CAPÍTULO XIII

A las diez penetrábamos en mi residencia de Port Jervis.

Avanzábamos por el camino principal que conduce hacia la casa, cuando me detuve en seco.

—Lo había olvidado, maldita sea —exclamé—. No debimos volver a casa esta noche.

—¿Por qué? —preguntó Lola, preocupada.

—Como habíamos quedado en pasar la noche en el hotel Sherman, de Nueva York, dije a la señora Andrews y a Matt que podían disponer del resto del día. De modo que estamos solos aquí y nadie podrá atendernos —dije, malhumorado.

—No importa —dijo Lola, animosa—. Yo misma prepararé la cena y cualquier cosa que necesitemos, Duke.

No dije nada, pero me sentía muy inquieto.

Indiqué a Lola que lo primero que debía hacer era soltar a los perros y conectar el sistema de alarma.

Entretanto, yo entré en la casa y me dirigí al estudio, situado en la segunda planta.

Medité un instante. No era muy prudente que un hombre ciego y una muchacha permanecieran solos en aquella casa. Y no lo digo por escrúpulos de orden moral, sino pensando pura y simplemente en nuestra seguridad personal.

Encendí, muy nervioso, un cigarrillo y fumé con ansiedad.

De forma inconsciente, dirigía mi detector-radar hacia todas partes, temeroso de que alguna persona se hubiera introducido en la casa.

Lola subió poco después. Bebimos dos copas de jerez, quizá con la intención de darnos ánimos, y propuse a Lola que recorriésemos toda la casa.

Mi residencia es excesivamente grande y registrar todas las dependencias nos llevó algo más de media hora.

Entonces respiré profundamente, algo más tranquilo.

Pero de todas formas hablé a Lola de mis temores. Y finalmente le confíé:

—Voy a llamar a la policía. Es posible que consiga que un par de agentes vigilen la casa. Caso contrario, encargaré al comisario Rank que contrate a media docena de hombres armados. Sólo así me sentiré seguro.

Ya iba a tomar el teléfono, cuando el aparato zumbó.

Descolgué, me llevé el auricular al oído y... quedé helado de espanto.

La voz de Jim Lawrence, nerviosa y vibrante, seguía desgranando en mi oído aquel aviso:

—... Que debe estar prevenido, Duke. No me pregunte nada, no puedo decirle más. Sólo esto: sé que *se proponen asesinarle esta misma noche*. ¡No, no diga nada! No sé cómo me he atrevido a avisarle. Sé que con ello pongo en peligro mi propia vida. Sin embargo, no tengo estómago para ver indiferente cómo asesinan a un hombre inválido como usted. Créame, Duke: debe llamar ahora mismo a la policía. De lo contrario...

Se interrumpió.

—¡Espere, Jim, no cuelgue! —grité como un energúmeno—. Tiene que decirme...

Pero fue inútil. Se había cortado la comunicación.

Dejé caer el teléfono. Me sentía trastornado, aturdido y angustiado.

—¡Duke! —exclamó Lola—. ¡Estás sudando a chorro vivo!

Su voz me obligó a reaccionar. Inmediatamente descolgué el teléfono y me puse a marcar como un loco... antes de comprender que no había línea.

Acababan de cortarla, era evidente. La habían cortado para evitar que Lawrence completara su aviso.

Las sienes me latían dolorosamente.

Estábamos aislados dentro de la inmensa casa.

Entonces recordé el radio-teléfono de mi «Continental».

Saqué la pistola y dije a Lola:

—Guíame. Vamos abajo.

Estuve a punto de caerme rodando por la escalera, tan torpe me sentía.

En la planta baja, dije a Lola que me llevase hasta las habitaciones del servicio. A nuestro paso, íbamos encendiendo todas las luces que encontrábamos.

Entramos en la habitación de Matt e indiqué a Lola:

—Matt guarda un revólver en su mesilla de noche. Cógelo. Y toma también toda la munición que encuentres.

A Lola se le escapó un grito de terror. Pero se impuso a su miedo e hizo lo que yo le ordenaba.

Cuando tuvo el revólver en la mano, comprobamos que estaba cargado.

—Dispara contra cualquier sombra que adviertas... Y ahora, vayamos al garaje.

Cruzamos el patio. Lola accionó el motor eléctrico y el portalón metálico se alzó sin un chirrido.

Entramos. Lola encendió la luz y exhaló un quejido.

—¿Qué? —inquirí.

—No está el coche. Sólo el «Ferrari» y el «Cadillac» —respondió.

Apreté los puños, iracundo.

¿También Matt se había dejado sobornar por Unos miles de dólares?

Yo empezaba a ver fantasmas por todas partes, aunque para mí el verbo ver carezca de significado.

Traté de serenarme. Por supuesto, Matt gozaba de toda mi confianza. Sin duda, desde el aeropuerto se había dirigido al domicilio de su hermana, en Brooklyn. ¿Para qué perder el tiempo en ir a Port Jervis y volver, teniendo la tarde libre?

Nuestra esperanza de comunicarnos por radio-teléfono se había esfumado.

Aprisa, casi corriendo, volvimos a la casa y conectamos el mecanismo eléctrico que cerraba automáticamente puertas y ventanas.

En el estudio, volví a llenarme la copa, bebí con ansiedad y rogué a Lola que conectase el circuito cerrado de televisión que controlaba los dos accesos al parque.

—¿Ves algo sospechoso? —pregunté.

—Nada... por ahora —fue la respuesta.

Fue entonces cuando recordé la agenda.

—Me había olvidado por completo de ella, Lola. Saca la agenda, solicíté.

Ignoro dónde la había guardado, pero la piel de cerdo con la que estaba forrada la agenda se mantenía tibia y perfumada.

—Quiero que me leas todo lo que mi padre escribió en ella —demandé.

Lola comenzó a leer.

El temor vibraba en su voz, pero pronto me olvidé de ello a medida que ambos íbamos penetrando en los secretos que mi padre había confiado a aquellas páginas, un tanto húmedas y deterioradas.

Me sentí sobresaltado al comprobar el alcance de su contenido.

Había allí muchos nombres: Joe Donnicelli, Jack Donnicelli, Sergio Grosso, Ben Farrow, Chad Lewis, Vicente Pugni, Aldo Cortignoni, Luigi Lombresi, Bruce Curtinss...

Direcciones, datos, cifras acerca de negocios ilícitos y secretos. Datos que podían perder a todos aquellos hombres que se relacionaban en la agenda.

Todo estaba exhaustivamente explicado y comprobado, con notas suficientes y capaces para la identificación de aquellos sucios y denigrantes negocios.

Hacia el final, mi padre había escrito unas palabras como colofón:

«Yo, Renzo Fachini, declaro que quise alejarme de estos hombres y que ellos me amenazaron con la muerte si lo intentaba. Entonces decidí convertirme en observador y coleccionar todos los datos, absolutamente verídicos, que se reseñan en esta agenda. A mi hijo Duke Fachini, o a cualquier otra persona que pudiera encontrar esta agenda, encomiendo que ponga este documento en manos de las autoridades federales. Con ello habrá hecho un bien inestimable a la nación norteamericana.

»Renzo Fachini«.

Cuando Lola terminó, el aire escapó a presión de mis pulmones.

—¡Dios santo! —murmuré—. Ahora empiezo a comprenderlo todo...

Me puse en pie de un salto, muy excitado.

—Tenemos que escapar de aquí, sea como sea. Debo poner esta agenda en manos de los policías federales. Fue la última voluntad de mi padre. Debo cumplirla, Lola. Lo comprendes, ¿verdad?

—Lo comprendo —murmuró Lola—. Pero temo mucho que no podamos escapar de esta ratonera. ¡Escucha!...

Del cuadro de control del sistema de alarma provenía un zumbido.

—Alguien acaba de trasponer la cerca que rodea el parque —murmuré, despavorido.

Permanecemos inmóviles, incapaces de toda reacción.

La casa estaba en absoluto silencio. Tampoco del parque llegaba el más leve rumor.

Era extraño. ¿Por qué, al menos, no ladraban los perros?

Solían hacerlo, furiosamente, cuando cualquier desconocido se acercaba a las verjas. ¿Por qué no ahora, cuando una o varias personas acababan de saltar la cerca?

—¡Ve a los mandos, Lola! —exclamé—. Maneja las cámaras de televisión, hazlas girar hasta enfocar la cerca ¡Tal vez puedas ver algo!

Lola se alejó hacia el control y yo la seguí, empuñando rígidamente mi pistola en la mano izquierda.

Palpé su hombro y pregunté, ansioso:

—¡Dime, Lola! ¿Ves algo?

—¡Sí...! —susurró—. Hay... hay dos personas junto al muro, a la altura de los rododendros... Hay muy poca luz y no puedo distinguir sus rostros. Pero yo diría... ¡sí! ¡Uno de ellos está acariciando a los perros!

—¿Cómo? —rugí, desquiciado—. ¿Acariciando a los perros? ¡No es posible!

—Es posible, Duke. Y te diré algo más: sólo hay cuatro personas que puedan acariciar a tus *boxers* sin sufrir las consecuencias...

—Lo sé —la interrumpí, experimentando un leve temblor—. Somos Matt, tú, yo y... Beth Milland.

A Lola le castañetearon los dientes al hacer el siguiente

comentario:

—Entonces ya sabemos a qué atenernos, Duke... ¡Espera! Las dos sombras se dirigen hacia acá. ¡Dios santo! ¿Qué podemos hacer, Duke?

—No mires —respondí—. Voy a deshacerme de la agenda. No la encontrarán. Quizá nuestras vidas dependan de este librito.

CAPÍTULO XIV

—Apaga las luces —susurré.

Un ciego ve tanto con las luces encendidas como apagadas. Pero no ocurre lo mismo con las personas normales, y yo esperaba servirme de ello.

Sonó el chasquido del interruptor y luego sentí las manos de Lola oprimiendo mis hombros.

—¡Duke! —susurró—. Tengo miedo.

—También yo, pequeña, pero me lo aguanto. Si conservamos la serenidad, quizá escapemos de ésta. Procura no separarte de mí. No me gustaría confundirte con un intruso...

Aguardamos. Ambos temblábamos de miedo, no voy a negarlo.

De repente, oí el sonido furioso de un claxon. No era un solo claxon, sino varios. Y sonaban estrepitosamente sin cesar.

—¿Qué será eso? —preguntó Lola.

—No lo sé. Pero hay una forma de comprobarlo: ve al monitor de televisión y mira. O mejor, yo iré contigo —propuse.

Avanzamos lentamente. Y de repente, Lola estalló en un grito jubiloso.

—¡Duke, estamos salvados!

—¿Quieres explicarte?

—¡Lo habíamos olvidado! Recuerda, recuerda... Las invitaciones a tu fiesta de cumpleaños. ¡Hoy es diecisiete de agosto! ¡Hoy mismo cumples treinta y tres años! Tus amigos están en la puerta. Hay muchos coches: ocho o diez por lo menos. Y esperan que les franqueemos la entrada...

Lancé un suspiro de alivio. ¡Hermosa fiesta de cumpleaños! La verdad era que me había olvidado por completo de que aquel día cumplía treinta y tres años.

—¿Qué hacemos?

—Acciona el mecanismo de control remoto. Pero no dejes de vigilar a través del monitor. Cuenta los coches; no podemos fiamos —respondí.

Lola hizo lo que le indicaba.

—Nueve coches han entrado —afirmó—. Espero que todos ellos pertenezcan a tus amigos. Las cancelas están cerradas. ¿Podemos bajar?

—Bajemos —accedí. Pero continuaba empuñando la pistola en la mano izquierda y sólo la guardé cuando escuché la algarabía de voces y gritos festivos en el patio.

Luego abrimos la cristalera y la casa se inundó de risas, de felicitaciones y de alegría.

En total, allí estaban nueve amigos con sus esposas, dispuestos a pasarlo bien en la fiesta de su amigo Duke Fachini.

Tuve que aguantar tirones de orejas de Pat Berry, palmadas de Donald Buck, apretones de mano del hombre de negocios Jerry Bodaglio, besos de las mujeres y bromas por parte de todos.

El ambiente sombrío y tenso de unos minutos antes se había convertido como por arte de magia en otro muy distinto, lleno de optimismo, risas, música y cordialidad.

Me disculpé por no tenerles dispuesta una cena refinada, pero Lola anunció que en la cocina había fiambres, queso y langostas suficientes como para llenar todos los estómagos.

Por lo demás, la bodega estaba bien surtida de jerez y champaña.

Juntos bromeamos, reímos y bailamos. En un momento determinado aparté de un grupo a Pat Berry y le invité a subir a mi estudio con el fin de que admirase mi sistema de alarma.

Bajamos poco después y nos sumamos nuevamente al jolgorio y al baile.

Hacia las tres, cuando ya algunas señoras habían hecho algunos comentarios acerca de la conveniencia de irse a la cama, Lola se las arregló para arrastrarme hasta un dormitorio próximo.

—¿Van a quedarse aquí? —preguntó—. Me refiero a tus amigos.

—Por supuesto que no. Aunque hay habitaciones suficientes para todos, prefieren irse a dormir a sus casas —respondí.

Lola me clavó las uñas en el brazo.

—¡No puedes dejarles ir, Duke! —gimió—. Volveremos a quedarnos solos.

Ya me disponía a responder, cuando mi detector empezó a enviarme pulsaciones intermitentes.

¡Alguien se escondía en aquel dormitorio!

¿Eran dos personas muy juntas, quizá escondidas en el armario, o una sola muy corpulenta?

Abracé a Lola, tapé sus labios con mi mano y dije en voz alta:

—¿Por qué no quedarnos solos? No hay nada que temer. Lo que vimos se debió a una falsa alarma. Algún ave nocturna rozó el sistema de seguridad, eso es todo.

Si alguien hubiese saltado por encima de la cerca, los perros se hubieran encargado de advertirlo.

Inmediatamente, antes de que Lola pudiera decir algo más, la empujé fuera del dormitorio.

Todavía transcurrieron veinte minutos antes de que mis amigos fueran ocupando sus coches y abandonasen mi residencia.

Entonces Lola y yo subimos a la segunda planta y penetramos en el estudio.

—Siéntate —susurré a su oído—. De espaldas a la puerta. No temas, todo está arreglado.

Encendí dos cigarrillos y ofrecí uno a Lola. Expelí el humo con fuerza cuando se oyó el rumor apenas perceptible de unos pasos.

—Adelante, mi querida Beth —exclamé en voz alta—. Te esperaba.

Lola respingó sobre su asiento, al tiempo que se oía una carcajada burlona.

—No vengo sola, Duke. Jack me acompaña —dijo Beth—. No te muevas, por favor; Jack te está encañonando con una metralleta.

—Ah, vamos... —Intenté bromear—. ¿Para qué tanto alarde de fuerza? No pienso resistirme a ninguna de vuestras peticiones, queridos amigos.

Unas manos varoniles me obligaron a ponerme en pie y me cachearon de arriba abajo. Supuse que Beth estaba haciendo otro tanto con Lola.

Cuando Jack me hubo quitado la pistola, no perdió mucho tiempo en rodeos.

—La agenda. ¡Pronto! —exigió.

—No la tengo —respondí, sin inmutarme.

El bofetón fue tan rudo que me derribó en tierra cuan largo era.

Oí el gemido de Lola y adiviné que ella se había lanzado valientemente a defenderme, pero su chillido de dolor me obligó a ponerme en pie de un brinco.

—No vuelva a pegarle, Jack. No lo haga o...

—¿O qué? —se burló el canalla—. Sólo eres un pobre ciego, Duke.

—Ciego y todo soy capaz de estrangularte con estas manos, Jack. A pesar de la metralleta. Por otra parte... sé que no dispararías contra mí. Nunca sabrías dónde está la agenda. ¿Por qué tanta prisa? Me gustaría charlar un rato con vosotros. Servíos un trago. Como siempre, mi bar está lleno de selectos licores.

—Sí, ¿por qué no serviros un trago? —dijo Beth con voz hiriente—. Nos invita mi prometido, el señor Fachini, rico e... iluso. Siento ganas de reír a carcajadas cada vez que pienso que he tenido que mentirte amor en tantas ocasiones.

—Ríe, no te fuerces —la animé—. Yo también mentía. En realidad hace mucho tiempo que dejé de amarte. Instintivamente, debí comprender que sólo eras un reptil con apariencia de mujer, querida Beth.

No dijo nada. Debía sentirse muy sorprendida. Y humillada.

—¡Bah, no importa! —Gruñó—. La comedia ha terminado. Eras un muchacho guapo, rico y atractivo... antes de quedarte ciego. Después...

—Dime una cosa, Beth, sólo una cosa —exclamé de improviso—. ¿Tuviste algo que ver con el «accidente» en el que perdí la vista? ¡Dilo!

Tardó un momento en contestar. Estaba bebiendo *whisky*.

—¡Sí! ¿A qué negarlo ahora? Supongo que habrás adivinado también que Jack no se llama Kord, sino Donnicelli y es hijo de Joe. Jack y yo nos entendíamos muy bien y el señor Donnicelli nos encargó que estuviésemos cerca de ti, para vigilarte y comprobar si tenías la famosa agenda en tu poder. Cuando tú decidiste separarte de la Common, Donnicelli temió que siguieses los pasos de tu padre y decidió eliminarte. Yo fui quien se encargó de convencer a Glen Thorpe para participar en el «accidente». Thorpe era un buen mecánico e hizo las cosas con maestría. Sencillamente, puso al

camión unos conductos de frenos desgastados; el camión frenaba, pero era preciso hacerlo con cuidado. Bastaba apretar a fondo el pedal para quedarse sin frenos. Y eso fue lo que hizo cuando tuvo tu coche a la distancia propicia.

Hablaba con voz desgarrada y fría, consciente ya de que no necesitaba seguir fingiendo.

—Es decir, puede acreditarse que tú, mi querida Beth, ayudaste de forma definitiva a que yo no pueda ver por el resto de mis días —dije con amarga reticencia.

—¡Pss...! ¿qué quieres? Donnicelli me paga con generosidad. Cobraré quinientos mil dólares cuando esto termine. Sin embargo... no voy a negar que alguna vez me sentí tentada por la posibilidad de convertirme en tu esposa, Duke. ¡Eres tan rico...!

—¡Dios mío! —gimió Lola—. Es una auténtica serpiente de cascabel...

—Vamos, vamos, muñeca —se burló Beth—. ¿Crees que iba a aguantar toda mi vida a un inválido a cambio de nada?

Jack comenzó a impacientarse.

—¿A qué conduce esta estúpida conversación? —Gruñó—. No quiero pasarme aquí el resto de la noche.

—Ah, vamos... —dije—. El joven cachorro de hiena empieza a perder los nervios. ¿Por qué no te sirves otro *whisky*, Jack? Quizá el alcohol te de el valor suficiente para confesar que tú nunca te casarás con Beth, ¿no es cierto? Ahora te sirves de ella, más tarde la arrojarás de tu lado como si fuese una leprosa...

Sólo intentaba enzarzarlos a los dos para hacer tiempo. Y mi treta dio resultado, porque Beth reaccionó enseguida tan rabiosa como una víbora.

—¿Es cierto que éstos son tus proyectos, Jack? Escucha, no permitiré que ningún hijo de un podrido *gángster* se burle de mí... Antes que eso, soy capaz de ir con el cuento a la policía.

—¡Maldita zorra! —chilló Jack—. Siempre desconfíe de ti y ahora te has descubierto tú sola... Escucha, Beth, pequeña sanguijuela, no denunciarás a nadie, ¿me oyes?

Adiviné lo que iba a suceder. Pero no pude hacer nada por impedirlo.

Las detonaciones de la metralleta ensordecieron mis oídos y el humo de la polvera me obligó a toser secamente.

Lola lanzó un alarido alucinante y se cobijó en mis brazos, gimiendo desgarradoramente.

—¡Dios mío, Dios mío! —balbuceó—. ¡La ha matado, Duke! ¡Beth está cubierta de sangre!

—Es lo que os ocurrirá a vosotros dos si no me entregáis ahora mismo la agenda de tu padre, Duke... ¡Dámela! —exigió Jack.

Aspiré aire con fuerza, hinché el pecho.

—No puedo dártela, Jack, porque... no la tengo —dije.

—Mientes, estúpido —bramó Jack. Y me abofeteó tan fuerte que mis labios se llenaron de sangre.

—Es la verdad —confesé—. Uno de los amigos que acudió a mi fiesta de cumpleaños es Patrick Berry, un policía federal. El también estaba muy interesado por esa agenda, así que decidí entregársela cuando subimos a este estudio, con la excusa de mostrarle mi sistema de seguridad exterior. Imagino que Pat hará buen uso de ese documento.

Supongo que las facciones de Jack debieron perder el color al oír mis palabras.

Se oyó un rumor metálico que debía corresponder al movimiento de Jack introduciendo un nuevo cargador en el brocal de carga de su metralleta.

—En ese caso —dijo mordiendo las palabras—, sólo puedo hacer una cosa: ¡Acribillaros!

—¡Tire la metralleta, Donnicelli! —La voz de Pat Berry sonó como música celestial en mis oídos.

Luego Pat me lo contó todo. Jack Donnicelli se había vuelto espantado, dispuesto a disparar.

El propio Pat tuvo que disparar su revólver contra él antes de que Donnicelli le alcanzase.

Cayó allí, a escasa distancia de Lola y de mí. No estaba muerto. Tenía un balazo en el pecho y otro en la rodilla.

No quiero decir que yo me alegre por ello, pero Jack vivirá como un inválido por el resto de sus días... encarcelado.

Por desgracia, nada pudo hacerse por la desdichada Beth Milland, cuyo pecho estaba perforado una docena de veces.

Fue un amanecer muy amargo para los «socios» de la Common. Donnicelli sénior, Grosso, Farrow, Lombresi, Pugni, Curtiss y otros peces gordos fueron detenidos en sus lechos al salir el sol.

La investigación posterior de sus «negocios» puso en manos de los jueces federales pruebas suficientes para dismantelar una vastísima organización criminal y llevar a prisión a sus dirigentes.

* * *

He tenido que afrontar algunas dificultades con los jueces federales, debido a mi «participación» en la Common Bussines Corp.

Por fortuna, contaba con dos hechos que respaldaban mi forma de proceder: el atentado que me costó perder la vista y que la policía dio por bueno como accidente fortuito, y el hecho de que yo hubiese confiado la agenda de mi padre a un agente del FBI, con lo que la policía federal obtuvo las pruebas que permitirían desbaratar una organización del «Sindicato».

Ya no vivo en Port Jervis y rara vez hago un viaje a Nueva York. Incluso tengo un nuevo nombre. Ahora me llamo, sencillamente, Duke Smith.

Cuestión de seguridad, porque sé que el brazo de la «Cosa Nostra» es demasiado largo.

Vivo en una pequeña localidad de Oregon, rodeada de bosques y cercana a un río que está lleno de truchas y salmones.

Sigue conmigo Matt, mi fiel chófer-mayordomo, pero he tenido que prescindir de la cocinera.

Por cierto, también tengo ciertas dificultades con Lola. Ella sigue a mi lado, en calidad de secretaria-enfermera.

No parece aún convencida de que yo esté locamente enamorado de ella.

Cree que mi demostración en el panteón de mi padre respondió solamente a un estado emocional transitorio, influenciado por las circunstancias dramáticas que nos rodeaban.

—No pretenderás que nos impongamos un plazo de cinco años para que puedas probarme a conciencia —hube de decir.

—Por favor, no te burles de mí, Duke —respondió—. Compréndelo, ¿por qué había de enamorarse un hombre tan apuesto y tan rico como tú de una muchacha pobre e insignificante como yo?

En fin, yo trato por todos los medios de demostrarle que verdaderamente estoy loco por ella.

Lola espera un hijo para la primavera. El hijo que aguarda es suyo y mío. Tal vez cuando nazca nuestro hijo, Lola comprenda que la amo de verdad.

Tendremos que casarnos, es lo justo.

Estoy en el jardín, paladeando un martini. No puedo ver la luz del sol, pero siento sus rayos potentes sobre mi rostro.

He oído unos pasos. Mi detector me dice que alguien está cerca. Seguramente se trata de Lola.

Me he levantado y voy a su encuentro. Voy a ver si de una vez por todas puedo lograr que crea en mi cariño sin límites.

Sean discretos. No miren, por favor.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...